

ANTOLOGÍA ADO GL 2

Lee mientras viajas

©Beatriz Escalante, Federico Campbell, Juan Gelman, Claudia Guillén, Hugo Gutiérrez Vega, Fritz Glockner, Ángeles Mastretta, Humberto Musacchio, Thelma Nava y Juan Villoro.

Ésta es una publicación de ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

www.brigadaparaleenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores: Daniela Campero

© De la edición: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

Editor: Para Leer en Libertad A.C.

Atlixco 163, Col. Hipódromo Condesa, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06170, México, DF.

JULIO 2011

Primera Edición

ISBN en trámite

Co-editor: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V.

Calzada Ignacio Zaragoza número 200, Colonia Siete de Julio, Delegación Venustiano Carranza, C.P. 15390, México, DF.

JULIO 2011

Primera Edición

ISBN en trámite

Introducción

ADO GL y Para Leer en Libertad AC te ofrecen esta segunda Antología que reúne trabajos de escritores reconocidos, con textos diferentes, de estilos variados, para todos los gustos y, en particular, para que las personas descubran la lectura por placer.

Hemos unido esfuerzos para presentar literatura de calidad y para que se conozca a nuestros escritores, ya que estamos convencidos que un país lector es un país que progresa, que camina hacia un futuro mejor.

El objetivo de este programa es que los pasajeros de este servicio tengan un viaje ameno y placentero.

Esta Antología es para ser leída durante tu viaje y te pedimos que la devuelvas al descender del autobús ya que con esta acción, estarás propiciando que otros tengan la misma oportunidad que tú de disfrutarla.

Espera la siguiente edición, que estará llena de nuevas experiencias literarias. Y no olvides... **LEE MIENTRAS VIAJAS.**

Ignacio Montero

Gerente Comercial Servicios de Lujo ADO GL.

Paloma Saiz

Coordinadora de Para Leer en Libertad AC.

ÍNDICE

Beatriz Escalante

AMORENAEROSOL.....11

Federico Campbell

TIJUANENSES.....23

Juan Gelman

HEREJÍAS.....29

Selección de Poemas

“CONFIANZAS”, “RUIDOS”, “HOMENAJES” y “MUJERES”.....33

Claudia Guillén

UNA TARDE CON STELLA.....39

Hugo Gutiérrez Vega

ODA A BOROLA TACUCHE DE BURRÓN.....49

Fritz Glockner

EL CLAVO.....53

Ángeles Mastretta

LA MUJER ES UN MISTERIO.....61

Humberto Musacchio

LA REVUELTA DE LOS LÉPEROS.....71

Thelma Nava

Selección de Poemas

“ESBOZO PARA COMENZAR UN AMOR”, “EL INNOMBRABLE”,
“DESTINO DE LAS PALABRAS”, “LOS SUICIDAS DEL VIADUC-
TO”, “LAS SEÑALES” y “LOS DESGARROTIPOS”79

Juan Villoro

¡DETENGAN EL LABERINTO!.....89

AMOR EN AEROSOL
(FRAGMENTO)

Beatriz Escalante

1

¿Me juras que te casaste virgen? —preguntó Ileana entre carcajadas. Y luego de un instante añadió—: En serio que sólo a ti se te pudo ocurrir semejante tontería. Ileana seguía riendo. La confianza que le acababa de hacer Alejandra, su mejor amiga desde la escuela secundaria, le resultaba increíble. Estaba segura de que las mujeres que llegaban vírgenes a la noche de bodas eran una especie en extinción. ¡Qué sorpresa! Nunca le había pasado por la mente que Ale...

La cara de Alejandra había desaparecido: la tenía cubierta con ambas manos. Sus hombros se movían rítmicamente hacia arriba y hacia abajo.

—Pero no es para que llores; se te va a correr el rímel. ¡Cálmate mujer, no es el fin del mundo! Óyeme Alejandra —dijo Ileana con impaciencia—, las personas de las otras mesas nos están mirando, ¿qué van a pensar? —Que estoy embarazada. —¿Encima esperas bebé?

—¡Cómo crees! —repuso Alejandra sollozando. Lo que pasa es que Ángel me dice eso siempre que se

me salen las lágrimas en público. Según él, no hay otra razón por la cual una mujer llore.

Aunque Ileana y Alejandra no tenían nada en común, eran muy buenas amigas. Ileana era muy alta, de cabello largo, rizado, rubio natural; su nariz era respingada gracias a una cirugía plástica. En cuanto a su cara, era cuadrada; no tenía la forma de un óvalo perfecto—ideal de belleza de la generación de su mamá. Ileana había tenido la suerte de nacer con una cara que sería el último grito de la moda cuando ella cumpliera los 20 años de edad. Ahora tenía 24, y con su sueldo de secretaria ejecutiva bilingüe se había pagado muchísimos viajes: a Hawái, San Sebastián, las islas del Caribe, la Costa Azul, Las Hadas, Montecarlo, Mazatlán y cuanto lugar se le había antojado conocer.

Su antipatía por los números y su proclividad por la buena vida la habían hecho dejar la preparatoria y ponerse a trabajar. No hizo estudios comerciales; su excelente presentación, sus modales refinados y su carácter alegre compensaron ciertos requisitos “indispensables” como el conocimiento de la taquigrafía y el manejo de la computadora personal. Con un poco de coquetería y la disposición para ir a comer con el director general a lujosos restaurantes, Ileana había garantizado un trabajo muy cómodo y un sueldo magnífico.

Ileana vivía sola en un amplio departamento de la colonia del Valle. Tenía joyas, regaladas en su mayoría; un carro del año, 6 cilindros, rojo, deportivo, y la acción en un club al que asistía todas las mañanas para mantener su figura.

Alejandra medía un metro con 60 centímetros; una estatura aceptable en un país como México. Era muy blanca, de grandes ojos color azul marino y tenía el cabello lacio, negro y brillante; lo llevaba corto, al nivel de la barba. Jamás se había quitado el fleco. Tal vez por eso, o porque su constitución ósea era pequeña o bien, porque su arreglo era muy formal: —vestía faldas a cuadros hasta la rodilla, blusas de manga larga y chalecos—, es que a veces parecía una adolescente en uniforme escolar.

Al contrario de Ileana, Alejandra amaba los estudios: le interesaban la historia, la biología y las matemáticas; le encantaba dibujar y hubiera querido dedicarse a la pintura. Si terminó inscribiéndose en la Facultad de Derecho fue por no contrariar a su padre: —Quiero que tengas una carrera útil por si alguna vez necesitas ganarte la vida—, le había dicho.

Ileana pensaba en el presente. Sus planes se limitaban a definir cómo, dónde y con quién iba a pasar el siguiente fin de semana. Y cuando se ponía “futurista”, sus preocupaciones no iban más allá del sitio que elegiría para las próximas vacaciones. Si compró el departamento de la calle de Moras, fue porque le salió la oportunidad. A su automóvil tampoco lo veía como una inversión; era simplemente un accesorio de su atuendo, mucho más caro que una bolsa de piel o una mascada de seda, pero eso nada más, un accesorio.

Alejandra, en cambio, llevaba 3 años con la vista perdida en el futuro. Desde el día en que Ángel le dio el anillo de compromiso, todos sus pensamientos se ha-

bían enfilado hacia el porvenir: cuando llegara el día de la boda, cuando se fueran de luna de miel, cuando les entregaran la casa propia en donde iban a vivir felices con los 2 hijos que algún día iban a tener. Una cafetera metálica se interpuso entre Alejandra e Ileana.

—¿Desea que se lo calentemos? —preguntó solícito el mesero, refiriéndose al plato de enchiladas suizas que se congelaban intactas sobre el mantel tipo escocés.

Ante la negativa, el mesero llenó las tazas con café humeante y se alejó.

Alejandra estaba pensando en que lo mejor sería no confiarle a Ileana su problema. ¿Cómo era posible que se burlara de que ella se había conservado virgen para el matrimonio? Además, se dijo, si eso le da tanta risa, ¿cuál será su reacción al enterarse de que Ángel se quedó dormido la noche de bodas?

Aunque Alejandra seguía inmóvil en su silla del restaurante de la ciudad de México, sus pensamientos la habían llevado a Acapulco; estaba reviviendo su luna de miel. Más de un año había transcurrido desde entonces, pero ella recordaba hasta el último detalle. Después de la ceremonia religiosa, sus padres ofrecieron un banquete. A ella le habría gustado casarse de noche, dormir en un altísimo hotel capitalino forrado de espejos, y al otro día irse a Acapulco en avión. Pero ninguno de sus deseos se había cumplido: sus abuelos insistieron en que las bodas matutinas eran más alegres, y Ángel se había empeñado en hacer el viaje por carretera. En el fondo, todo resultó insatisfactorio, hasta lo del ramo le salió mal, pues antes de ponerse de espaldas, desde el atrio de la iglesia, Ale-

jandra localizó el sitio donde estaba Ileana: —quería que le cayera a su mejor amiga para que, según la tradición, fuera la siguiente en casarse—, pero no, la más estúpida de las primas hermanas de Alejandra, la que hacía lo imposible por ser la consentida de los abuelos, de un salto se apoderó del ramo y, como era de suponerse, se casó poco después.

Y luego el viaje. Ángel iba aferrado al volante como si fuera un corredor estrella del Grand Prix. Cuando hicieron una escala en Chilpancingo para descansar las piernas, se molestó porque Alejandra no podía caminar rápido por culpa de sus tacones. Ninguno habló durante el trayecto. Ella estaba muy nerviosa. No tenía una idea precisa de lo que iba a sucederle cuando por fin estuvieran en la cama. Hasta ese día, lo más que le había permitido a Ángel era que le desabotonara la blusa, le bajara el brasier y le acariciara los senos.

El de ellos, había sido un noviazgo de besos largos y abrazos fraternales al que hubo que ponerle punto final porque como ella amaba a Ángel y como Ángel le exigía la prueba de amor, Alejandra optó por casarse antes de terminar sus estudios en la universidad.

¿Qué había pasado con aquella urgencia por hacerle el amor? Alejandra recordó su habitación nupcial. Se vio a sí misma ataviada con el negligé blanco que su abuela le bordara con hilos italianos para “la ocasión más importante en la vida de una mujer”, y recordó a Ángel tirado sobre la cama roncando y hasta con los zapatos puestos. Ella no supo qué hacer, lo esperó toda la noche, pero él no se levantó para desnudarla con la

ternura que ella había imaginado en sus últimos momentos de soltera.

A la mañana siguiente, en el desayuno, él le recriminó que no hubiera tenido la consideración de quitarle la ropa y ponerle la pijama. ¿Qué no viste que estaba rendido de tanto manejar?, le había preguntado. Ella no supo qué responder, ¿cómo iba a desnudar a un hombre que, aunque ya fuera su esposo, era todavía un extraño? Al descubrir en el rostro de Alejandra un gesto de reproche porque no había ocurrido nada entre ellos, él le dijo indignado que las mujeres siempre esperaban que los hombres hicieran todo. Furioso, sin siquiera pedirle disculpas, se había ido a esquiar por su cuenta.

—Por lo menos termínate el yogur, —sugirió Ileana acercándole a Alejandra un pañuelo desechable.

—Se me fue el hambre. Mejor vámonos. —Y a modo de excusa agregó—: No sé a qué se deba, pero desde que me casé despierto sin apetito.

2

Antes de abrir la puerta de la casa, Alejandra ya sabía qué era lo que Ángel estaba haciendo: la TV sonaba a todo volumen: “el esférico se pierde veloz entre las piernas del centro delantero y...” Todos los domingos eran iguales. ¡Qué diferencia cuando eran novios! entonces a él le gustaba ir de día de campo, al cine o a bailar.

—¡Ah!, ya volviste —dijo Ángel sin quitar los ojos de la pantalla.

—¿No quieres que vayamos a comer fuera? —preguntó Alejandra sonriente.

—¿Pues no estás regresando de un desayuno con tu amiga?, ¿qué no piensas en otra cosa que en comer?

Alejandra se arrepintió de haber abierto la boca, así como de haber estropeado el único rato del día que hubiera podido ser agradable. Era un error haber llorado por la risa de Ileana. Por su culpa no habían platicado a gusto como otras veces.

Ileana había comentado que se iba a Cozumel. Para Alejandra ése era un nombre familiar y no porque hubiera estado allí muchas veces, sino porque todos los nombres asociados a Yucatán le recordaban a su familia. Por asuntos de trabajo, sus papás se habían instalado en el DF, pero puesto que todos los hijos se les habían casado, y como los abuelos nunca habían querido dejar la Ciudad Blanca y el resto de la familia vivía feliz en sus casas con tres patios, pozo y árboles frutales, los padres de Alejandra comenzaron a echar de menos los paseos vespertinos por la playa de Progreso, el pan bueno: los tutis, las hojaldras, los cocotazos... Don Arturo y doña Marisa pensaron que el DF ya no era tan agradable para vivir como lo había sido en sus tiempos, en la década de los 50, así que se regresaron a Mérida.

Alejandra sintió nostalgia, necesidad de ver a sus padres, de estar con ellos tomando un merengue del Colón en el Paseo Montejo o, mejor aún, varios helados: uno de pitaya, otro de crema morisca, otro de nanche y otro más de chicozapote. Cuando se deprimía le entraban unas ganas espantosas de dulce. Pero como en México no había

helado de esos sabores y como tampoco quería darle a Ángel motivo para otro pleito, renunció a ir a comprar un chocolate y se conformó con una rebanada de pan bimbo con mantequilla y sacó papel de su portafolio, tomó una pluma y se instaló en la mesa de la cocina a escribir.

Queridísimos papá y mamá:

Ya sé que estas noticias deben darse en persona, pero la verdad veo bastante difícil ir a Mérida pronto y prefiero que lo sepan de una vez: me estoy divorciando. Por supuesto que Ángel es, como su nombre lo indica, un ángel, un dechado de virtudes; me imagino tu cara mamá, tú que siempre me has dicho que el matrimonio es para toda la vida. Bueno, pues en mi caso toda la vida significa un año y espero que no se cumpla el vaticinio de “hasta que la muerte los separe” antes de la firma del divorcio. No tengo nada contra él; tengo todo contra él, con su carita de inocencia deberían de ver lo que me ha...

—No me digas que estás trabajando en tu tesis —dijo Ángel con sorna mientras sacaba del refrigerador una cerveza.

Alejandra saltó de su asiento y volteó la hoja para evitar que él la viera. Pero no hacía falta; a él no le interesaba nada que tuviera relación con ella. Aprovechó el receso del medio tiempo para buscar unos cacahuates y otra cerveza. Y una vez en la cocina, al verla, no pudo resistir la tentación de soltarle alguna frase que la mortificara.

Ella determinó dejar la carta en paz. ¿Qué importancia tenía informarles a sus padres lo que iba a ocurrir? Ni el mismo Ángel sabía que ella estaba pensando en divorciarse. Lo único que sacaría era que sus padres empezaran a presionarla para que se fuera a vivir con ellos, y si algo no deseaba era ser de nuevo hija de familia. Y, para colmo, esa carta podía provocar que ellos le telefonearan a Ángel para tratar de arreglar la situación.

Valiéndose del pretexto de que Ángel la había agredido, Alejandra salió de la casa sin explicaciones. Estaba segura de que él no iba a seguirla, Ángel jamás cambiaría un partido de fútbol por un agarrón con ella.

Alejandra caminaba sin rumbo. Atravesó un parque, se mezcló con la gente que se congregaba afuera de la iglesia. Pasó entre los vendedores de globos, elotes, estampitas de santos, algodones de azúcar y otras golosinas. Continuó por una calle larga y solitaria. En una esquina se topó con un teléfono público y sin pensarlo demasiado marcó un número. Lejos de ahí, en una casa del Pedregal, el teléfono sonó varias veces. Al fin, una voz de mujer contestó: “Bueno, bueno...” Tras un segundo colgaron.

Alejandra volvió a intentarlo 10 minutos después.

—¿Sí?, ¿quién habla? —preguntó una voz masculina.

—Soy yo —consiguió decir Alejandra. No debí llamar a tu casa... Es que te extraño mucho...

—Lo siento, está usted equivocado —respondió el hombre notablemente nervioso.

Luego de poner el auricular en su sitio, el doctor Jaime Velázquez tomó su periódico y se puso a leerlo con toda la naturalidad que le fue posible.

—¿Quién era? —preguntó Laura.

—¿Cómo que quién era? Número equivocado, cariño.

—Y, entonces, ¿por qué esa mujer se quedó callada al oírme?

—Seguramente estaba tratando de reconocer tu voz, yo cómo voy a saberlo.

—Pero contigo sí hablé...

—¿Conmigo?, pero querida, ¿qué te pasa?

—¿Qué fue lo que te dijo?, ¿quién era?

—Pero mi amor, el que habló conmigo era un hombre y sólo me preguntó si podía comunicarlo con no se quién.

—No te oí decir que ese “no sé quién” no vive aquí —replicó Laura irritada.

—Cada quien habla de distinta forma, ¿no es cierto? Si no te parece suficiente que yo diga “está equivocado” cuando se cruza una línea o alguien marca un número equivocado, contesta tú —dijo Jaime en tono enérgico y fijó la vista en el periódico para indicar que había dado por concluida la discusión.

Laura tenía la sospecha de que Jaime andaba enredado con alguna enfermera. En la última semana no había ido a comer a la casa tres veces, lo que era muy raro, porque como se pasaba todo el día fuera (operaba a las 7 de la mañana, hacía guardias nocturnas en el hospital y atendía su consultorio hasta las 10 de la noche), nunca fallaba a comer. A esa hora convivía con los niños.

La sospecha de que su esposo tuviera una amante se incrementó a causa de la llamada telefónica. Jaime era un hombre muy seguro de sí mismo y aunque él había estado empujando la polémica para que fuese Laura quien

pareciese alterada, ella había notado su instantánea turbación. Era absurdo que se hubiera puesto tenso porque entrara un número equivocado.

Desde que aceptó casarse con él, Laura sabía de sus infidelidades. Su hermana Amalia, la primera esposa de Jaime, alguna que otra vez se había desahogado con ella hablándole de ese asunto. Pero a Laura le gustaba Jaime desde que era su cuñado; ella jamás habría hecho nada por quitárselo a su hermana mayor, pero cuando Amalia murió, ella seguía soltera, los sobrinos eran muy pequeños, la querían mucho...

Estando Jaime viudo y con tanto trabajo, no podía ocuparse de los niños. La casa era un desorden total a pesar del servicio doméstico, así que Laura se fue haciendo cargo de todo hasta que él le propuso matrimonio. ¿Dónde podría encontrar una madrastra más adecuada para sus hijos?

Jaime la había desposado por comodidad: Laura era una mujer agradable, joven y bien preparada para ser ama de casa. Aunque él no se lo confesaba a sí mismo, la había tomado como ama de llaves; Laura sabía comportarse correctamente en reuniones sociales y, además, era una espléndida anfitriona.

En términos generales, Laura no le era repelente a Jaime. A él no le enloquecía hacerle el amor, pero tampoco le disgustaba. Lo único que sí le fastidiaba de ella era que pretendiera besarlo o abrazarlo a cualquier hora. Pero para resolver este inconveniente le había planteado lo perjudicial que podía ser para la formación de los niños que ellos se comportaran como si fuesen novios.

Vivía contento con ella. Laura accedió a reservar la recámara para la vida íntima no tanto porque su formación de educadora la instara a ello, sino porque estaba decidida a adaptarse a Jaime.

Siempre le había fascinado, le atraían sus desplantes de hombre de mundo, su elegancia, sus dotes de buen conversador y por encima de todo, su físico; sin ser guapo era atractivo. Jaime era varonil, sensual y sabía agradar a las mujeres.

Esa noche, Jaime le hizo el amor a Laura, su segunda esposa, como si fuese Alejandra. Evitó tocarle el cabello para que la fantasía perdurara durante el coito. Recorrió su piel y se perdió entre sus piernas con la imagen de Alejandra en la mente. En ningún momento él abrió los ojos.

Laura, por su parte, creyó que Jaime había estado tan ardiente con ella porque la amaba, porque quería demostrarle que ella era la única mujer que le importaba en realidad.

TIJUANENSES

Federico Campbell

Los recuerdo a todos muy bien: al Oki, al Tavo, al Pilucho, al Chavo, al Óscar, al Yuca, al Kiki, al Juan, al Kiko, al Pelón. O no; seguramente se me escapan algunos nombres. ¿Cómo olvidar al Mickey Banuet? Eran muy buenos para el basquet, los golpes, las patadas. Si no hubiera sido por los Free Fraís, el Romandía, el Matus, el Cachuchas Insunza, los Pegasos hubieran sido los mejores basquetbolistas de su tiempo. Eran el terror de la colonia Cacho, el Sombrero, el Club Campestre. Aparecían de pronto en las fiestas, en sus Fords Custom con pipas, como el Mercury negro de James Dean, en sus *pick-ups* inclinados de enfrente, con sus chamarras rojas de mangas blancas de cuero y letras bordadas en la espalda: Pegasos, y luego un caballo alado como el del Mobiloil.

Eran de las mejores familias de Tijuana, pero no muy engreídos. Se movían de noche. Incursionaban en la parte baja de la ciudad, nunca en los alrededores ni en territorio enemigo. De vez en cuando condescendían, se reforzaban con miembros de otras pandillas, los incorporaban al grupo, por simpáticos, por buenos para el basquet, por entrones para los pleitos, como el Mickey Banuet. Y solían

acabar entre todos con el único adversario caído en el suelo. En una de las colinas, más allá del cerro de la Televisión o del fraccionamiento Chapultepec, organizaban rituales alabanzas a Baco; llevaban en la cajuela una enorme tina repleta de cervezas y hielo y entonaban “Oh Blueberry Hill” de Fats Domino. El club Pegasos. Así se llamaba. Lo había organizado un jesuita como parte de su proyecto de trabajar con los jóvenes, especialmente de las familias ricas.

Tijuana era entonces una ciudad bastante habitable. Su población cabía muy bien entre las colinas que la circundan. Uno de esos años James Dean se hizo pedazos en la carretera, Marlón Brando corría en una motocicleta o se curaba con mercurio como las cejas hinchadas en los muelles de Nueva York. Era la época de los calcetines fosforescentes y los *liváis* apretados y aceitosos, las botas o los zapatos con *teps*. Bill Halley llegaba a través del *Hit Parade* de una radiodifusora de San Diego. Y Perry Como: *Jat Tiguiridac Siquiribum*. Y Tab Hunter: *Young love, first love*, etcétera... Y, claro, Elvis Presley: *You're nothing but a hundo*g... Y Little Richard: *Tutti Frutti*, *Good Golly Miss Molly*.

Y por otro lado merodeaban también los Escuderos, los Free Frais, los Seventeen. Había que elegir un color, pertenecer a un club, para sentirse alguien. Bastaba una chamarra anaranjada o negra con mangas blancas de cuero o violeta de motitas amarillas. No se podía andar solo. Las calles eran peligrosas; las fiestas, un encuentro de resquemores y agravios, una suerte de lucha velada de clases.

No era fácil hacerse aceptar por uno y otro de los clubes o no se sabía muy bien cuál elegir, tal vez porque los socios eran tres o cuatro años más grandes que yo, tal vez porque tampoco insistía demasiado. Pero la verdad es que en las noches más solitarias del barrio yo soñaba con pertenecer a los Pegasos. ¿Y cómo no? Lo tenían todo: carros, chamarras, amigas, fuerza, pegue, prestigio deportivo. Eran los dueños de la ciudad y se les veía pasar con un sentimiento ambiguo de envidia y rencor.

Eran los días del descontón a media calle, del pasar báscula (asalto amable, irónico, humillante y montonero) y uno se moría de miedo al tener que salir solo al centro y toparse con el Memín, con el Jorgillo, o con los chucos de otras colonias que los domingos se aglomeraban en los altos del cine Roble o en la parte baja del Bujazán.

Ya se había terminado la guerra de Corea. De vez en cuando se oía que alguna madre de la colonia Coahuila o de la Libertad recibía el homenaje inútil de un corazón púrpura por su hijo muerto en el campo de batalla. No pocas veces, tras una nube de polvo se veía la rauda incursión hacia los cerros de algún Chevrolet verde olivo mate, como el de MacArthur, que transportaba a un oficial portador de la absurda póstuma medalla.

No era cierto que se barrían los dólares con escoba, pero Tijuana era una fiesta. Frecuentemente los nativos se atrevían a recorrer el Waikiki, el Blue Fox, el Aloha, la Ballena, con más curiosidad que ganas de divertirse entre los marineros yanquis y las bailarinas.

Yo nací y crecí en la calle Río Bravo, frente a la escuela El Pensador Mexicano. En el barrio jugábamos beis-

bol los de Arriba contra los de Abajo, denominación práctica que obedecía más a la composición del terreno que a otro tipo de rivalidad: por la Río Nazas descendía el nivel de la calle y empezaba la cuenca seca del río. Nuestras diferencias no se oponían como el blanco y negro. Ellos vivían en la más extrema pobreza y nosotros apenas al ras de cierta clase media baja, en la que volaban los pegasos del mundo feliz. Sin embargo, todavía podría preguntarse si todos los de Arriba y los de Abajo tuvimos las mismas oportunidades, idénticas ventajas. Muchos emigraron a Los Ángeles. Otros se quedaron. Uno murió en Vietnam. Los más afortunados fueron tal vez los que alcanzaron boleto para irse a las universidades.

Y la presa Rodríguez empezó a secarse en aquellos tiempos, tal vez como signo involuntario de que una época había concluido. Fenecían los años cincuenta y con ellos cundía la dispersión de los antiguos amigos, el desgaste y el desmantelamiento de los clubes. El color de las chamarras se desteñía y las mangas perdían su pintura blanca sobre el cuero. El Pilucho, el Kiko, el Yuca, se fueron a estudiar Leyes a México. El Óscar empezó a aficionarse a la cacería y al tiro de pichón. Al Mickey se le vio cada vez menos en las cantinas de la zona norte. De los demás no volví a saber nada. Una vez me encontré al Chavo Villanueva en la estación de trenes de Benjamín Hill o en algún otro lugar del desierto de Sonora, acompañado de Rogelio Gastélum, pero ya no supe más de él. ¿Y al Mickey Banuet cómo olvidarlo? ¿Dónde estás Mickey Banuet? ¿Qué ha sido de tu vida?

Muchos años atrás, entre la Segunda Guerra Mundial y la de Corea, mi madre daba clases en la Pensador,

mi padre seguía en el telégrafo, mis hermanas ya trabajaban. Asolábamos el barrio los Valenzuela (Ernesto, Óscar, Armando), su primo Federico Sáinz, y yo. Distinguíamos claramente una Tijuana que no excedía los cien mil habitantes. A veces íbamos al estadio de la Puerta Blanca a ver a los Potros y al Bacatete Fernández. Luego, conforme fuimos creciendo, a cazar pájaros con rifles de municiones en la parte seca del río, junto al pirul caído. Federico Sáinz nos invitaba pepsicolas, nieve, manzanas: era la generosidad, la simpatía y el entusiasmo personificados. A veces los chucos venían de otras colonias. Una vez llegaron de la Libertad y mataron a patadas al Zambo.

Presentíamos nosotros —niños bien de una clase ascendente— que entre el fondo plano del valle y los cerros se vivían distintos modos de vida, innumerables tijuanas superpuestas, destinos muchas veces encontrados. Era una Tijuana adolescente. El afán gregario de identificarse con un club era un síntoma de supervivencia, la necesidad de identificarse a toda costa, el deseo de pertenecer.

Luego vino la secundaria en el Poli, el incendio enigmático de la torre de Agua Caliente, Santiago Ortega, Ricardo Gibert y el Memo Díaz. Marta Franco, Elsa Apan-go, Alma Marín, y oh, ah, Celia Santamaría, los bailes en el Salón de Oro. Y con todo ello el paso del tiempo. Como paralelas imperfectas y humanas nuestras biografías apenas se tocan a lo largo de un lapso muy corto, después se separan hacia el infinito. Ni siquiera la memoria distante y el afecto recuperan la vida vivida.

Uno es su pasado y su presente al mismo tiempo, pero el futuro de entonces ya pasó y no nos dimos cuenta.

Ahora Tijuana tiene más de un millón de habitantes. De la que yo hablo apenas existe para unas cuantas gentes, muy pocas, de las que nacieron y crecieron aquí. Al lado de una opulencia inexplicable, sobrevive la gente de los cerros y las chozas peligrosamente empotradas sobre llantas viejas y entre los cañones.

Las condiciones no han cambiado: el contorno, sí. Por un lado, en la ciudad de maestros de ceremonias pululan los clubes. Se hacen fiestas y bodas entre nubes de hielo seco y árboles naturales como en las mejores épocas del casino de Agua Caliente.

Por otro, como los chucos excluidos del banquete, se repliegan los cholos, con la camisa larga de cuadros anudada al cuello y suelta por encima de los pantalones caqui.

El Pilucho, el Tavo, el Yuca, son presencias lejanas, pero en un tiempo radiante y juvenil parecían la vida que se nos iba entre las manos.

—¿Dónde andabas, en Los Ángeles?

La pregunta plantea un mito. Toda ausencia se relaciona con un destino adulto en el East Side de Los Ángeles. Al volver de no importa qué parte del mundo, más de treinta años después y sobre todo en mayo, uno se encuentra con que la presa Rodríguez está a punto de reventar y las colinas se ven verdes en los alrededores. Algunos nombres se extinguen en la memoria, otros reaparecen entre los jefes de policía o del gobierno. ¿Pero el Mickey Banuet dónde está? ¿Cómo olvidar al Mickey Banuet?

HEREJÍAS

Juan Gelman

“Le contó Leonero de Solórzano que Andrés El Chino tenía una piedra en una pierna, que con ella veía a todas las mujeres y los hombres sus partes pudendas.” Esta declaración, que hubiera hecho las delicias de Diderot, figura en el acta del 16 de marzo de 1732 que levantó en la villa de Colima —hoy capital del segundo estado más pequeño de México— el Bachiller Diego Beltrán Vicente, comisario del Santo Oficio de la Inquisición en esa ciudad. La declarante, doña Felipa de Chavarrieta, española, doncella, de dieciséis años, denuncia ése, entre otros hechos pasibles de castigo divino y terrenal. Días antes, Vicente Fajardo, mulato libre, había ya acusado al Chino de practicar su facultad de “ver a las mujeres sus partes berendas” (sic) en los cementerios de las iglesias “al tiempo que las mujeres entran en dichas iglesias”. Fajardo informa además que “la referida piedra es de un animal o peje marítimo”.

En unas pocas semanas —de marzo a abril de ese año— los habitantes de Colima presentaron 130 denuncias de herejías, blasfemias, hechicerías, sodomías, pe-

cados varios y otras gracias y desgracias del ser humano. Todos —consta en actas— se presentaron espontáneamente, denunciaron “por descargo de su conciencia”, “no por odio”, y se comprometieron a guardar secreto el acto. Salvo flacas excepciones, las denuncias son de oídas “por la voz pública” o de algún conocido o familiar. Para la Inquisición eso bastaba. Y no fue casual este súbito celo acusatorio: un edicto del Tribunal de la Inquisición de México del 9 de febrero de 1732 obligaba, bajo pena de excomunión y otras peores, a denunciar todo tipo de atentado contra la doctrina eclesial. La respuesta laica a ese edicto muestra el formidable poder de control social que encarnó el Santo Oficio, que visitaba hasta el más oscuro rincón del fuero íntimo de los fieles con voluntad castigadora. Ya no hay autos de fe, pero la Iglesia no ha variado de intención en la materia.

El 70 por ciento de las denuncias fueron hechas por mujeres y dirigidas sobre todo contra dos, María “la del Chepe López” y Gertrudis La Corales. Parece lógico: las primeras se adelantarían a acusar para no ser acusadas y las últimas servirían de chivo expiatorio perfectamente aceptable para las concepciones de la época, que instalaban lo diabólico en cuerpo de mujer. Por lo demás, en María (65 denuncias en contra) y en Gertrudis (28), ambas mulatas libres, se condensaban dos preocupaciones centrales del ser humano: la salud y el deseo.

María López es acusada de maleficios y hechizos, pero doña María de Rivera cuenta que había curado a su hijo ahumándolo con copal y estiércol de cerdo y de paloma. Un hechizo. María Gertrudis de Ávalos afirma que “la

del Chepe” le curó “con un lavatorio de cáscaras de granada” unas llagas en las piernas, enfermedad que le había provocado la propia sanadora a pedido de una mujer celosa. Un maleficio. Es evidente el predominio de la medicina prehispánica en la sociedad colonial. La Inquisición, por lo visto, era alópata. Los declarantes se arrepienten de haber creído en “la arbolaria” y prometen no recaer.

Gertrudis La Corales se internaba en los territorios más inciertos del amor. Ángela de Aguilar, “que está tratándose de casar no queriendo el novio”, o Juana de Rueda, “para que un hombre que quería bien no se fuese”, le piden remedios que, dicen, “no tuvieron efecto alguno”. Pero a La Corales también le solicitaban bebedizos para atontar maridos —ya sea para que dejaran de pegar a sus mujeres, o bien para mantener una “ilícita amistad” con otros hombres—, campo en que tuvo más éxito. Josefina García “oyó decir en su casa” que La Corales proporcionó uno de esos menjues a Gertrudis Berber, con destino a su marido, “y dice (Josefina) ser voz común que se lo dio para atarantarlo y de facto anda como asimplado”. Teresa Llanos y Bárbara López se destacaron en esta empresa: mataron a un burro y dieron sus sesos de comer a los maridos. Para “asimplarlos”. Hubo denuncias contra mujeres especializadas en “desamarrar sombras” de amantes a petición de despechados y despechadas, o de madres insatisfechas con el novio de la hija. Juan Tadeo Zamora es acusado de “tener acceso con una yegua parado sobre una piedra”. Otros, de comercio carnal con un burro, un perro, una gallina. Francisco Zamora El Viejo, de perseguir con afán y saña traseros masculinos.

Pero la Inquisición no examinaba esas cuestiones. Más le importaba Antonio Alcaraz, cuya mujer “vio saltar y dar brincos la silla de montar de su marido”, segura señal de un pacto con el Diablo. O la mulata esclava Nicolasita, a quien Antonia del Castillo vio saltar por una ventana cerrada con una vela en cada mano, y arrimársele a la cama porque “le quería mamar los pechos”. O los miles de deseos que crujen y se secan en una sociedad donde la plenitud humana es lujo escaso.

9 de octubre de 1996

CONFIANZAS

se sienta a la mesa y escribe
«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice

y más: esos versos no han de servirle para
que peones maestros hacheros vivan mejor
coman mejor o él mismo coma viva mejor
ni para enamorar a una le servirán

no ganará plata con ellos
no entrará al cine gratis con ellos
no le darán ropa por ellos
no conseguirá tabaco o vino por ellos

ni papagayos ni bufandas ni barcos
ni toros ni paraguas conseguirá por ellos
si por ellos fuera la lluvia lo mojará
no alcanzará perdón o gracia por ellos

«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución»
dice se sienta a la mesa y escribe

RUIDOS

esos pasos ¿lo buscan a él?
ese coche ¿para en su puerta?
esos hombres en la calle ¿acechan?
ruidos diversos hay en la noche

sobre esos ruidos se alza el día
nadie detiene al sol
nadie detiene al gallo cantor
nadie detiene al día

habrá noches y días aunque él no los vea
nadie detiene a la revolución
nada detiene a la revolución
ruidos diversos hay en la noche

esos pasos ¿lo buscan a él?
ese coche ¿para en su puerta?
esos hombres en la calle ¿acechan?
ruidos diversos hay en la noche

sobre esos ruidos se alza el día
nadie detiene al día
nadie detiene al sol
nadie detiene al gallo cantor

HOMENAJES

el pueblo aprueba la belleza aprueba el sol
del espectáculo del mundo aprueba el sol
aprueba el río humano
en la pared de caras populares escribe «apruebo el
sol»

¿no hay dolor o pena en el mundo?
¿humillaciones no hay y fea pobreza?
¿no cae la baba policial sobre la mesa de torturas?
¿no pisa y pesa la bota del tirano?

hay dolor y pena en el mundo
humillaciones hay y fea pobreza
cae la baba policial sobre la mesa de torturas
pisa y pesa la bota del tirano pero

el pueblo aprueba la belleza
bajo la baba policial escribe
bajo la bota del tirano de turno
sobre la mesa de torturas
escribe «apruebo el sol»

MUJERES

decir que esa mujer era dos mujeres es decir poquito
debía tener unas 12,397 mujeres en su mujer/
era difícil saber con quién trataba uno
en ese pueblo de mujeres/ejemplo:

yacíamos en un lecho de amor/
ella era un alba de algas fosforescentes/
cuando la fui a abrazar
se convirtió en singapur llena de perros que
aullaban/recuerdo

cuando se apareció envuelta en rosas de aghadir/
parecía una constelación en la tierra/
parecía que la cruz del sur había bajado a la tierra/
esa mujer brillaba como la luna de su voz derecha/

como el sol que se ponía en su voz/
en las rosas estaban escritos todos los nombres de
esa mujer menos uno/
y cuando se dio vuelta/su nuca era el plan económico/
tenía miles de cifras y la balanza de muertes favorable
a la dictadura militar/

nunca sabía uno a dónde iba a parar esa mujer/
yo estaba ligeramente desconcertado/una noche

le golpié el hombro para ver con quién era
y vi en sus ojos desiertos un camello/a veces

esa mujer era la banda municipal de mi pueblo/
tocaba dulces vales hasta que el trombón empezaba
a desafinar/
y los demás desafinaban con él/
esa mujer tenía la memoria desafinada/

usté podía amarla hasta el delirio/
hacerla crecer día del sexo tembloroso/
hacerla volar como pajarito de sábana/
al día siguiente se despertaba hablando de malevíc/

la memoria le andaba como un reloj con rabia/
a las tres de la tarde se acordaba del mulo/
que le pateó la infancia una noche del ser/
ellaba mucho esa mujer y era una banda municipal/

la devoraron todos los fantasmas que pudo
alimentar con sus miles de mujeres/
y era una banda municipal desafinada
yéndose por las sombras de la placita de mi pueblo/

yo/compañeros/una noche como ésta que
nos empapan los rostros que a lo mejor morimos/
monté en el camellito que esperaba en sus ojos
y me fui de las costas tibias de esa mujer

callado como un niño bajo los gordos buitres
que me comen de todo/ menos el pensamiento
de cuando ella se unía como un ramo
de dulzura y lo tiraba en la tarde/

(Juan Gelman, “De palabra. Colección Visor de Poesía”. Editorial Visor Libros, Madrid 1994)

UNA TARDE CON STELLA

Claudia Guillén

A penas podía creer que se encontrara justo enfrente de aquel edificio, de diminutos ladrillos rojos, que guardaba celosamente el secreto de Stella. Habían sido muchos los años de paciencia aguardando una tarde con ella. También muchos los que había compartido con aquel grupo de hombres la devoción hacia esa mujer.

Mario se presentó treinta minutos antes de la cita, y aprovechó el tiempo de sobra para mirarse en los grandes cristales transparentes que se ostentaban como puertas. En ellos se reflejaba su pequeña figura regordeta cubierta por un traje desgastado, de donde sobresalía el arreglo de tulipanes que empuñaba con firmeza. Su cuerpo cargaba con un ligero temblor continuo que le era imposible controlar; la garganta, seca, le provocaba una constante tos. El sudor transitaba espontáneo por su frente. Sentía cómo los latidos del corazón se habían trasladado a sus sienes. Después de un largo y profundo suspiro, se dio un último vistazo y tocó el timbre. Mientras esperaba respuesta, en su mente se dibujaron, nítidos, los pies de Stella. Pies que apenas percibían su contacto con el piso: semejante al navegar de un cisne

alrededor de una isleta. Fue más allá en sus pensamientos y evocó a Stella preparando su largo baño vespertino. Todo estaría listo: la tina con agua tibia, a la temperatura exacta, dulce ya por el aroma de las sales. Las toallas de tejido grueso. Los jabones alargados y olorosos encima de una bandeja situada en la parte superior de la tina. Cinco velas blancas como sustitutas de la luz eléctrica. Y, para coronar ese decorado, los mosaicos brillantes y azules que hacían las veces de frontera en su momentáneo aposento. En el centro del muro, como un altar dedicado a la belleza de la mujer, un espejo de cuerpo entero a la espera de su presencia.

Cuando la puerta del edificio se abrió con un “Pase usted” al mismo tiempo que sonaba un timbre elocuentemente largo, Mario dio un salto y las flores cayeron al piso. En su afán por levantarlas estropeó algunas y se dio cuenta de que era inútil tratar de recuperarlas. Nunca había sido un hombre templado; desde niño se refugiaba en la timidez que con el paso del tiempo se fue adueñando de él, y más en las ocasiones importantes. Subió las escaleras sin flores en la mano. Su cabeza estaba ocupada por una imagen única: la de Stella ataviándose para la ocasión, no sin antes haber vertido sobre su cuerpo pequeñas cantidades de alguno de esos brebajes con los que hipnotizaba a los hombres convocados para compartir su rito. Todos comentaban sus dotes de hechicera.

El corazón de Mario latía aún más fuerte; parecía que en algún momento saldría disparado. A pesar de ello, continuó hasta llegar a la puerta de madera mar-

cada con el aroma de Stella. Ahí lo esperaba una mujer con uniforme de servicio, quien lo hizo pasar al departamento y le ofreció una bebida “mientras espera a la señora”. Él aceptó un café. Al intentar sostenerlo entre sus manos, el sudor se había apropiado de ellas y dejó caer la taza derramando su contenido. La uniformada ni siquiera lo miró al limpiar los restos de su pequeño desastre. Era como si no estuviera frente a ella, como si no existiera; de hecho, en algún momento sintió el temor de que sólo se tratara de un sueño, de que en realidad nunca había pertenecido a la cofradía que tenía como único objeto la veneración de los pies de Stella.

El tiempo se hacía sentir como si pasara con más lentitud hasta llegar casi a detenerse, o así lo percibía aquel hombre. Restregaba sus manos sin cesar, sacaba el pañuelo para apretarlo con ellas y así desprenderse del sudor. Volvió a revisar su aspecto en el espejo que cubría gran parte de la pared de la sala.

Casi de inmediato, y semejante a un espejismo, la mujer apareció igual a como la había imaginado durante años: descalza y vestida de cuello a tobillos con una bata blanca de gasa que mostraba en claroscuro las formas de su cuerpo. Los ojos de Mario se nublaron a causa de las lágrimas que, sin embargo, retuvo. Era demasiada la emoción.

—¿Tú eres Mario? —preguntó ella con voz ronca.

—Sí —afirmó él con la vista fija en el piso.

—Me pareces conocido de algún lado... —dijo Stella jugando con la timidez de ese hombrecillo y con un listón que salía de su bata.

—Sí, señora. Ya nos hemos visto en otras ocasiones —respondió Mario titubeante.

—¡Claro! —mintió Stella. Por eso tu cara me resulta tan familiar. ¿Ya te ofrecieron algo de beber?

—Sí, sí —contestó mientras con su pañuelo enjugaba el sudor que se le había acumulado en la frente.

Sonó el teléfono. Ella le pidió un segundo para contestarlo. Mario se dispuso a repasar la estancia con sus pisos ajedrezados, los muebles estilo Luis XV, los cortinajes de terciopelo, las esculturas y los cuadros.

Desde niño había vivido en la acera opuesta a ese edificio. Cada día, a la misma hora de la mañana, Stella salía a la calle envuelta en un abrigo y armada con su sonrisa. Mario, impaciente, esperaba su regreso por la tarde vigilando desde la ventana. Su madre hacía la limpieza en ese departamento, y al volver a casa contaba las cosas que veía en él: la muy puta de su patrona se encerraba en el baño a hacer porquerías con hombres siempre distintos. “Segurito los embruja, la puerca, porque no hay día que no salgan con cara de idiotas. Lo raro es que no vuelven.”

Y, efectivamente, a los hombres que entraban en esa casa nadie los volvía a ver. Mario un día tuvo la valentía de seguir a uno de ellos, el licenciado Liguori, un hombre de bigote estrecho, aspecto amable y gran estatura. Al abordarlo, le habló de su exaltado amor platónico por Stella. Mientras lo escuchaba, el licenciado Liguori esbozó una pequeña sonrisa, al tiempo que le decía que no era extraño que cualquier hombre se enamorara de

Stella, a quien las constantes pasiones que despertaba la ataviaban con la naturalidad de un buen traje sastre.

Stella colgó el teléfono y se sentó en un sillón contiguo al de él:

—Perdón, no quería hacerte esperar, pero era una llamada urgente.

—Yo la he esperado toda mi vida, señora —afirmó Mario con una seguridad inusitada.

—Eres muy tierno. A mi edad se agradecen las lealtades.

Mario la observó con asombro. ¿De cuál edad hablaba?, si los años no pasaban por ella, seguía radiante: alta, rubia, con unos ojos verde claro que parecían cambiar de color según su expresión, tal vez con algunas arrugas en el rostro que la hacían verse más mujer y un cuerpo que permanecía imperturbable ante el paso del tiempo. Y si de lealtades se trataba, su presencia había convocado espontáneamente a un grupo de hombres que mantenían sus vidas a partir de los recuerdos o las esperanzas que pudieran provenir de ella. Esos hombres maduros con los que Mario se había reunido durante años, cada viernes, en un mismo café, para recordarla.

Con absoluta confianza, Stella lo invitó a pasar al cuarto de baño. Era tal como la madre de Mario lo había descrito: grande, muy grande, como si su dueña se hubiera empeñado en tener otro departamento dentro del mismo espacio. Mario tomó su lugar en un ancho sillón mullido que se encontraba en una de las esquinas de la habitación. Al mismo tiempo, Stella encendió los

pabilos de cada una de las velas, con cuidado, como si estuviera dando de comer a pájaros hambrientos.

A la luz cálida de aquellas velas, Stella comenzó a desvestirse, prenda por prenda, sin tiempos específicos que delimitaran sus movimientos. Con la punta de los dedos de un pie, midió la temperatura del agua. Abrió el grifo para templarla. Después entró en la tina y se deslizó hasta quedar recostada. Mario observaba absorto la elegancia del vientre plano de esa hermosa mujer. Ella fue quien rompió el silencio:

—¿Verdad que mis pies son muy bellos? Sin duda son la mejor parte de mi cuerpo.

No esperaba respuesta. Se sabía poseedora de la admiración entera de Mario y él así lo asumía. La mirada de él seguía fija en la contemplación de esos pies en los que ella derramaba caricias que se alternaban entre el tobillo y las plantas. En varias ocasiones, Mario estuvo tentado a hacer lo mismo con su pene que, erecto, exigía el movimiento de su mano. Sin embargo, contuvo su instinto ante una simple mirada de ella. “No importa”, pensaba Mario.

De cualquier forma el placer era intenso y diferente a cuantos había experimentado hasta entonces. En las reuniones de la cofradía le advirtieron que dentro del feudo de esa reina el tacto no tenía cabida para la obtención del goce. La mirada era el único sentido en ese juego de placeres. Estar ante la presencia de esa belleza ya era bastante privilegio, y ella se lo había concedido. Ahora entendía las caras con expresión casi místi-

ca de aquellos hombres que lo antecedieron y a quienes su madre se refirió tantas veces durante su niñez.

A pesar de que ellos mismos le habían hablado con gran entusiasmo de su experiencia, nunca logró visualizar bien a bien lo que implicaba la intimidad con Stella. Era una contorsionista que usaba sus pies como utensilios de su elástico cuerpo mientras reposaba desnuda en aquella tina que guardaba sus olores combinados con las fragancias. Alargaba sus manos despacio, apenas rozando el agua y sus pezones, deteniéndose un momento a desenredar cuidadosamente el abundante pelo que cubría su pubis, para después delinear sus piernas con ambos índices hasta llegar a los tobillos donde sus manos quedaban quietas un largo rato, en tanto de su garganta surgía una mixtura de cortos gritos de placer hundidos en su respiración agitada.

Por último, tomaba sus pies con fuerza para acercárselos a la boca y ensalivarlos con mordiscos y besos que también recorrían las ingles y los testículos de Mario en forma de palpitaciones. Su pene derramó el semen, que fue absorbido por su viejo pantalón. Ni en sus fantasías más sublimes pudo imaginar la complejidad del erotismo que las extremidades de aquel cuerpo habían hecho estallar. Stella no se percató de la satisfacción de Mario, tenía los ojos cerrados y emitía largos quejidos que vibraban en las paredes del baño. Una expresión de triunfo y superioridad inundó su cara. Habían terminado.

Salió de la tina y se puso una bata.

Su cabello apenas estaba mojado.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, muy bien, señora.

—¿Quién fue el bribón que te mandó conmigo?

—Don Augusto, señora.

—Ah, sí, el librero. Era un hombre agradable. ¿Y te habló de nuestro pacto?

—Sí, señora: la discreción y el cuidado para elegir al siguiente.

—Eso es, Mario. Si en realidad lo disfrutaste, cuida mucho que el hombre que elijas sea especial. Así como tú. Recuerda que a partir de hoy ya eres uno de nosotros.

—Sí, señora. Eso haré, señora. Lo prometo, señora.

Stella le dirigió una mirada de agradecimiento filial, como si a la distancia le estuviera dando un beso de despedida. Mario sintió la electricidad del aire. Esperó un tiempo para salir del cuarto de baño. Desanudó su corbata y se limpió el sudor que nunca dejó de cubrirlo.

Atravesó la calle perdido en sus recuerdos. Ahora le tocaba a él elegir al siguiente. Tendría mucho cuidado en hacerlo y, para estar seguro, le pediría ayuda a sus compañeros de la cofradía. Era mucho lo que tenía que agradecerles a esos hombres que permitieron su ingreso sin mayores reparos, hombres de todas las edades y profesiones, que se unían como uno solo cuando se trataba de ella. Su fundador, don Fernando Benítez, siempre contaba la misma historia: él era un joven abogado que merodeaba por los rincones bohemios de la ciudad, “hablo de los años cuarenta, muchachos”, decía como si todos fueran unos niños. “Stella arribó a mi vida con la contundencia de los amores que son para siempre. Una

noche entré en el bar que solían frecuentar los artistas más importantes de la época, el Rívoli, y ahí estaba ella, rodeada por todos, viéndome sólo a mí”, continuaba.

“Me llamó con los ojos y yo fui de inmediato. No cruzó palabra conmigo. Simplemente nos dirigimos a su departamento y me pidió que la observara bañarse y que al hacerlo pusiera atención sobre todo a sus pies, porque ellos representaban la intimidad no recorrida. Y es cierto, sus pies eran largos y finos como dos blancas y afiladas manos que acariciaban y seducían todo mi cuerpo y erguían mi sexo sin siquiera tocarlo. Después de que obtuvimos el orgasmo, se despidió de mí para pedirme que la recomendara con algún otro amigo que tuviera la discreción de retirarse para siempre en el momento que ella así lo quisiera. Y así nos fuimos juntando todos nosotros, que en realidad hemos logrado integrarnos como una familia de hombres solos que veneran a Stella.”

A pesar de su claro e intenso recuerdo, la realidad se presentaba en la vida de Mario y había que enfrentarla: en casa lo aguardaba su mujer, llena de tubos en el cabello y kilos de más en el cuerpo. Sin esperar a que su marido terminara de entrar, lo bombardeó con reproches por su tardanza y la falta de solidaridad hacia su cansancio.

Después de un agobiante alegato, la mujer cedió para suplicar “un masajito”. No aguantaba los pies, se le habían hinchado como pelotas. La sumisión y la costumbre hicieron que Mario aceptara, sin ningún reproche, su tarea de siempre. Con una sonrisa un tanto forzada, pi-

dió a su mujer que se tendiera y descalzara mientras él buscaba el ungüento para aliviar la inflamación.

Se sentó en la cama con los ojos a punto de derramar algunas lágrimas y se dispuso, resignado, a la tarea de frotar esos pies tan ajenos al placer que le otorgaran otros, aquellos que permanecerían intactos en su memoria y cuya desnudez no volvería a disfrutar jamás...

**ODA A BOROLA TACUCHE
DE BURRÓN**

Hugo Gutiérrez Vega

*(Escrita en versículos chipocludos y dedicada
a la Barda Chachis Pachis Palomeque)
A Carlos Monsiváis en su chorrocientos cumple*

Forzada, sí, por lo inmisericorde y
por los años de la tripa mala,
maestra en el arte de ir tirando,
santa señora del descuajaringue,
buscando la fortuna o, por lo menos,
un magro desayuno,
tu vida y tu escenario comunal forman
la desazón regocijada
de la diaria miseria y de su desastrosa escapatoria
("aquí nos tocó" y otras periclitadas transparencias).
Debías burlar la estricta vigilancia
de las moralidades burronianas,
tan si matices, ay, siempre tan planas
sin el aire gracioso de la imaginación.
Don Regino, ejemplar, tan apocado por
propia voluntad, censuraba tus planes,
frenaba tu aventura, aunque sabía
que al final, una bondad profunda e involuntaria
negaba tu discurso malandrín,

y hundía tus pasos en las obligaciones solidarias.
Sucedía igual a veces con la errática
y siempre impredecible sociedad vecindaria.

Llamo en mi auxilio para encomiar tu vida
y tus trabajos
al mismo Don Regino con todo su civismo
conformista,
a Regino chico, Macuca y Foforito;
a Wilson, el amigo del hombre,
el compañero de sus estrecheces;
a Avelino Pílongano,
destacado colega (el Fonca de la santa Gamucita
lavaba ajeno para patrocinar sus odas inmortales,
más chipocludas, ay, lo reconozco con rencor
enconado, que éstas que usted, lector querido, tiene
ante esos sus oclayos soñadores);
al Tractor pretencioso
y a Chagoya, rijoso y vulgarón diputadazo,
tan parecido, ay, a los gobernadores buscando los
regresos del pasado.
A lo lejos, allá en San Cirindango, Briagoberto
Memelas y Juanón Teporochas
levantan las banderas del sistema,
mientras Dick Epifanio O'Connor y Audrey Petra
Chagoya lanzan los de apipizca rumbo al norte.

Esta ciudad desparramada y rota, tiene en usted,
Borola, la cumbre de la risa exasperada;
los chorromillonarios (veo a Cristeta, Boba Licon y

al sofocado Pierre)
evitan que el encomio boroliano se vista de colores
maniqueos.
Van más allá sus pasos, mi señora,
pues el humor más hondo cala y pinta el turbio
panorama que revela la aurora de Nonoalco.

El que esto canta ha visto sus cantares incrementar
la producción del huevo,
tal lo hizo Sinfónico Fonseca, compositor de pro;
el que esto canta piensa en Satán Carroña y sus
fracasos;
piensa, en fin, en la noche de noviembre y en esa
vecindad
que ha renovado hambres, humillaciones y formas
solidarias.

Para acabar, regreso a usted, Borola,
y pienso en don Gabriel y en su comedia humana.
Con humor candoroso y vengativo,
ya casi derrotada la ilusión
nos aferramos a esta furrís vidorria tan poderosa, sí,
que sigue y sigue a pesar de morirnos.
Sigue en esta ciudad, fuerte señora,
pues pase lo que pase la vecindad enorme,
México-Tenochtitlan, seguirá en pie
y éste su sueño ilustre seguirá bailoteando el
Cuchichí.

Tomado de *La Jornada Semanal* (Mayo, 1998)

EL CLAVO

Fritz Glockner

¿Cómo imaginar que alguien preguntaría por él? Yo creí que se trataba de un caso común y corriente, de esos en los que sólo hay que poner sellos y ya, incluida la resolución del juez, ya que además, la aceptación de la sentencia por parte del abogado de oficio y el cierre del expediente se dieron de manera normal, rutinaria. A todo esto, se trataba de un albañil, pero estos muchachitos de la prensa tal parece que sólo están para olfatear nuestros errores, pero eso sí, cuando uno los quiere para que testifiquen el momento en el cual arriesgamos la vida, ni su sombra; incluso he llegado a pensar que su oficio es detener la marcha de la justicia, y lo peor del caso es que a su lado aparecen los licenciados de la Comisión de Derechos Humanos indagando sobre nuestro desempeño.

Qué tiempos aquellos, cuando nos dejaban proceder con libertad en contra de todo aquel delincuente que violara el estado de derecho, en cambio ahora, ese estado de derecho es más bien de terciopelo. Llevo más de veinte años como Ministerio Público y nunca había presenciado algo parecido, a ver en qué termina esta historia. Esto sólo te lo digo a ti, que eres cuate, no

vayan a trascender mis palabras al visitador, por que ya sabes que son bien sensibles.

En efecto señor licenciado, soy el médico responsable del área de neurología del hospital universitario, el paciente López tenía un clavo atravesado en el cráneo, ubicado entre ambos parietales; de momento cuando me describieron el caso lo único que se me ocurrió fue convocar de inmediato a varios colegas especialistas para poder deliberar sobre el asunto; ya que nunca antes nos habíamos enfrentado ante una situación parecida, por ello la verdad no sabíamos como proceder, ignorábamos como podría reaccionar el paciente en la cirugía, aunque eso sí, la afectación nos indicaba los riesgos de un derrame interno incalculable, por ello le preguntamos a los agentes que acompañaban al enfermo sobre las causas o formas de cómo se había dado aquella situación.

Total que ante la imposibilidad clínica de hacer algo, sólo tuvimos la iniciativa de reducir el clavo a su más mínima expresión, ahora sí que como comunmente se dice sólo pudimos lijar el clavo, que éste dejara de asomarse por encima del pelo, ante la complicación por extraérselo la opción sólo fue estética, para que se pudiera peinar sin afectar o mover más aquel objeto extraño en su cabeza, claro esta, siempre y cuando pudiera sobrevivir a esa situación. Usted comprenderá que en nuestro caso es difícilísimo pretender extraer un objeto de esa naturaleza enterrado en el cráneo de una persona, más aún en un lugar tan poco estudiado como es el cerebro. No hemos podido descifrar la incógnita

de cómo fue a parar ese clavo en la cabeza del paciente, no podría asegurar que llegó ahí por un descuido en su trabajo, no lo sé, imposible precisar nada al respecto.

El muy huevudo se quiso pasar de listo, a todas la interrogantes tan sólo exclamaba negativas; aun cuando todas las evidencias le señalaban como responsable de haber sido él quien asesinó al residente de la obra, el arquitecto González. Durante los interrogatorios a los que fue sometido se la pasó evadiendo su participación en los hechos delictivos, pero eso es común, usted dígame ¿qué criminal va a aceptar ser el culpable? Ante eso estamos acostumbrados. Donde puede que tenga parte de razón es al cuestionar las prácticas de mis muchachos, yo que llevo ya varios años como comandante de la Judicial Federal nunca se me había ocurrido tremenda puntada; pero pues ya sabe usted como es el ingenio mexicano y, como no tuvo mayores consecuencias luego de que le clavarán la cabeza, la verdad no creí necesario consignar el hecho en mi informe, ojalá y este pequeño incidente no vaya a afectar mi trayectoria.

Mi Fermín desapareció aquel sábado cerca de las cinco de la tarde, lo fueron a sacar de la cantina que queda cerca de la obra, creo que incluso por ahí encontraron al arquitecto muerto. Todo esto me lo vino a contar Goyo, el compadre que trabajaba con mi señor desde hace más de tres años, según que por el susto ya llevaban más cervezas que las de costumbre, cuando aparecieron en la cantina varios judiciales preguntando por mi señor, dizque por ser el responsable de lo que le había pasado al arquitecto; todo por los

chismes de algunos albañiles, ellos dicen que la relación de mi señor con el jefe no era buena, sobre todo porque había unas horas extras que el arquitecto no le había querido pagar a mi señor; en cuanto supe que se habían cargado a mi viejo, luego luego me fui para las oficinas de la policía, pero ahí me lo negaron, y no fue sino hasta varias horas después que me lo dejaron ver, luego de tantos lloriqueos y súplicas que tuve que hacerle a los agentes de la judicial.

Eso sí, le puedo decir que cuando lo vi no tenía ningún clavo en la cabeza, por eso le digo que es falso aquello que están diciendo que se lo clavó por un descuido cuando estaban montando la cimbra para el colado, como se ha dicho en los periódicos, ese clavo apareció en su cabeza como a los dos días de estar en manos de los policías.

Ora vera señor licenciado, la neta no sé qué decirle, y es que mi compadre a veces era medio atrabancado el muy loco, ya ve uste los problemas que tuvimos hace como dos años por aquello de que si era buena idea el formar un sindicato, y todo eso se lo inculcó un estudiante de la universidad, que si los derechos de los albañiles, que si la lucha en contra del ¿cómo se llama? Ah sí, el neoliberalismo, que si la unión hace la fuerza, que la sociedad civil, la mera verda yo no entendía de qué se trataba todo eso, pero pus nada más apoyaba a mi compa por los años que llevábamos juntos, pero de ahí pa' lante qué le puedo yo decir; que si era capaz de haberse echado al plato al archi, pus yo creo que sí era capaz, pero la verda

yo creo que no fue él, pero ya sabe uste que luego sale uno con las manos chamuscadas por andarlas metiendo al fuego, hasta por quienes son de la propia familia ¿no?

Ora que aquello de su clavo metido en su cabeza tan dura como la tenía mi compadre pus la mera verda yo creo que eso sí es obra de los judas que llegaron para llevárselo a la cárcel el sábado cuando estábamos tomándonos nuestras chelas, pero que eso no quede en sus escritos, ya sabe uste como son los judas de esta ciudad, me vayan a tomar por soplón y al rato hasta a mí mismo me cargan, y como quiera que sea pus yo tengo cuatro escuincles que mantener, uno de ellos precisamente me lo bautizó mi compita que en paz descanse.

Como reportero de nota roja uno se encuentra de todo, mutilados, asesinatos horribles, por venganza, por despecho, pero en serio que nunca antes una situación como la del clavo. A mi me envió el jefe de redacción a cubrir la nota del arquitecto asesinado y por coincidencia que doy con el complemento de la historia, ya que me crucé con la esposa del albañil en el hospital universitario, precisamente cuando estaba llorando porque su esposo tenía un clavo en la cabeza, luego me vine a enterar que era parte del caso que había estado cubriendo aquel sábado por la tarde, que para ser franco traté en el periódico como un asesinato cualquiera de esta ciudad.

Sobre el resto de la información son mis jefes en el periódico quienes le pueden ofrecer mayores datos, porque usted sabe cómo son las cosas en el manejo de

los medios en la Procuraduría, el Corvas se las sabe todas, y manipula a la mismísima directora de comunicación social de la procu, los de la fuente sabemos que por unos pesos tenemos acceso a la información que el Corvas maneja, porque hasta los comandantes le pasan primero los *tips* importantes al antiguo reportero antes que a sus superiores, siempre podrá uno encontrar información privilegiada con el amigo aquél, claro esta, la que es de altura se la reserva para poder chantajear a la gente y sacar sus buenas tajadas, es un negocio redondo.

Oficio Número: 3098/caso 2674/020707

Por medio de la presente, le notifico a usted que el Señor Fermín López Pérez falleció debido a un clavo que le fue introducido de manera violenta en la parte superior de la cabeza, atravesándole el cráneo, aún continuamos indagando los motivos por los cuales aquel objeto llegó a parar ahí, las diversas versiones difundidas, así como los testimonios recabados con varios personajes cercanos al difunto nos conducen a dos hipótesis: 1. Que se lo enterró por accidente cuando estaban realizando las tareas para colocar la cimbra dentro de la obra en la que laboraba el citado señor; 2. Que fueran los policías judiciales, quienes en un acto de su desempeño durante la investigación para saber si el citado individuo era o no culpable del asesina-

to que se le adjudicaba, le hubiesen introducido en el cráneo aquel objeto extraño por medios violentos.

Las indagaciones continúan.

Atentamente
El Visitador de Derechos Humanos

LA MUJER ES UN MISTERIO

Ángeles Mastretta

Hay una estampa que guarda el más importante archivo fotográfico de la Revolución Mexicana, por la que camina hacia cualquier batalla un grupo de revolucionarios montados a caballo. Altivos y solemnes, con sus dobles cananas cruzándoles el pecho y sus imponentes sombreros cubriéndoles la luz que les ciega los ojos y se los esconde al fotógrafo, parece como si todos llevaran una venda negra a través de la cual creen saber a dónde van.

Junto a ellos caminan sus mujeres, cargadas con canastas y trapos, parque y rebozos. Menos ensombrecidas que los hombres, marchan sin reticencia a su mismo destino: los acompañan y los llevan, los cobijan y los cargan, los apacientan y los padecen.

Muchas veces las mujeres mexicanas de hoy vemos esa foto con la piedad avergonzada de quien está en otro lado, pero muchas otras tenemos la certidumbre de ser como esas mujeres. De que seguimos caminando tras los hombres y sus ciegos proyectos con una docilidad que nos lastima y empequeñece. Sin embargo, hemos de aceptar que las cosas no son del todo iguales. Creo que con la prisa y la fiebre con que nos ha tocado

participar, padecer y gozar estos cambios, ni siquiera sabemos cuánto han cambiado algunas ideas y muchos comportamientos.

Muchas de las mujeres que viven en las ciudades trabajan cada vez más fuera de sus casas, dejan de necesitar que un hombre las mantenga, se bastan a sí mismas, se entregan con pasión y con éxito a la política y al arte, a las finanzas o la medicina. Viajan, hacen el amor sin remilgos y sin pedirle permiso a nadie, se mezclan con los hombres en las cantinas a las que antes tenían prohibida la entrada, deambulan por la calle a cualquier hora de la noche sin necesidad de perro, guardián o marido que las proteja, no temen vivir solas, controlan sus embarazos, cuidan y gustan de sus cuerpos, usan la ropa y los peinados que se les antojan, piden con más fuerza que vergüenza la ayuda de sus parejas en el cuidado de los hijos, se divorcian, vuelven a enamorarse, leen y discuten con más avidez que los hombres, conversan y dirimen con una libertad de imaginación y lengua que hubiera sido el sueño dorado de sus abuelas.

Estamos viviendo de una manera que muchas de nosotras ni siquiera hubiéramos podido soñar hace veinticinco años. Comparo por ejemplo el modo en que las mujeres de mi generación cumplíamos quince años, y el modo en que los cumplen nuestras hijas. Algunas de las mujeres jóvenes que viven en el campo también han empezado a buscarse vidas distintas de las que les depararía el yugo que nuestros campesinos tienen sobre sus mujeres, mil veces como la consecuencia feroz del

yugo y la ignorancia que nuestra sociedad aún no ha podido evitarles tampoco a los hombres del campo.

Muchas de ellas son capaces de emigrar sin más compañía que su imaginación, y llegan a las ciudades con la esperanza como un fuego interno y el miedo escondido bajo los zapatos que abandonan con su primer salario. Son mujeres casi siempre muy jóvenes que están dispuestas a trabajar en cualquier sitio donde estén a salvo de la autoridad patriarcal y sus arbitrariedades. Mujeres hartas de moler el maíz y hacer las tortillas, parir los hijos hasta desgastarse y convivir con golpes y malos tratos a cambio de nada.

Mujeres que desean tan poco, que se alegran con la libertad para pasearse los domingos en la Alameda y las tardes de abril por las banquetas más cercanas a su trabajo. Mujeres que andan buscando un novio menos bruto que los del pueblo, uno que no les pegue cuando paren niña en vez de niño, que les canten una canción de Juan Gabriel y les digan mentiras por la ventana antes de violentarlas sin hablar más y hacerles un hijo a los quince años.

En muchas mujeres estas nuevas maneras de comportarse tienen detrás la reflexión y la voluntad de vivir y convivir fuera de lo que hizo famoso a México por el alarde de sus machos y la docilidad de sus hembras. Entre otras cosas porque alguna de esta fama era injusta. Yo creo que mujeres briosas y valientes han existido siempre en nuestro país, sólo que hace medio siglo parte del valor consistía más que en la rebelión, en la paciencia, y antes que en la libertad, en el deber de cuidar a otros.

Quizá uno de los trabajos más arduos de las mujeres mexicanas ha sido la continua demanda de atención y cuidados que han ejercido sus parejas. Lo que en los últimos tiempos ha hecho a los hombres más vulnerables, porque como son bastante incapaces para manejar lo doméstico, basta con abandonarlos a su suerte cuando se portan mal. Cosa que las mujeres han empezado a hacer con menos culpa y más frecuencia.

Entre más aptas son, entre más acceso tienen a la educación y al trabajo, más libres quedan para querer o detestar a los machos que sus brazos cobijan.

Otra muestra de preponderancia masculina en la vida familiar ha sido —como en otros países, no sólo latinoamericanos sino europeos y norteamericanos— la voluntad de tratar mujeres como animales domésticos a los que puede castigarse con gritos y muchas veces con golpes. Eso también es algo que cambia en nuestro país. Cada vez es mayor el número de mujeres que denuncian las arbitrariedades en su contra y no se quedan a soportarlas como lo hicieran sus antepasadas.

Han transcurrido ochenta años desde el día en que se tomó la foto del archivo y las mujeres mexicanas aún hacen la guerra de sus hombres, aún arrastran y cuidan a sus heridos, aún mantienen a sus borrachos, atestiguan sus borracheras, escuchan sus promesas y rememoran sus mentiras. Pero ya no rigen sus vidas según el trote y la magnificencia de los hombres. Aún lloran sus infidelidades, sosiegan sus fidelidades, pero ya no los despiden y albergan sólo según el antojo de las inescrutables batallas masculinas.

Quizás es éste el cambio más significativo: las mujeres actuales tienen sus propias batallas y, cada vez más, hay quienes caminan desatadas, lejos del impecable designio de un ejército formado por hombres ciegos.

Las mujeres mexicanas del fin de siglo ya no quieren ni pueden delegar su destino y sus guerras al imprevisible capricho de los señores, ya ni siquiera gastan las horas en dilucidar si padecen o no una sociedad dominada por el machismo, ellas no pierden el tiempo, porque no quieren perder su guerra audaz y apresurada, porque tienen mucho que andar, porque hace apenas poco que han atisbado la realidad del sueño dormido en la cabeza de la mujer que ilumina una vieja estampa con su cuerpo cargado de canastas y balas: para tener un hombre no es necesario seguirlo a pie y sin replicar.

Suena bien ¿verdad? Sin embargo, llevar a la práctica tal sentencia no siempre resulta fácil, agradable, feliz. Por varios motivos. Entre otros, porque las mujeres que se proponen asumir esta sentencia no fueron educadas para su nuevo destino y les pesa a veces incluso físicamente ir en su busca: se deshicieron de una carga, pero han tomado algunas más arduas, por ejemplo enfrentar todos los días la idea aún generalizada de que las mujeres deben dedicarse a atender su chiquero, a hablar de sí mismas entre sí mismas, para sí mismas, a llorar su dolor y su tormenta en el baño de sus casas, en la iglesia, en el teléfono, a tararear en silencio la canción que les invade el cuerpo como un fuego destinado a consumirse sin deslumbrar a nadie.

Muchas veces esta idea aparece incluso dentro de sus adoloridas cabezas, de su colon irritado, junto con su fiera gastritis cotidiana. O, peor aún, deriva en repentinas depresiones a las que rige la culpa y el desasosiego que produce la falta de asidero en quienes supieron desde niñas que no tendrían sino asideros en la vida.

Sin ánimo de volver a hacernos las mártires, debemos aceptar cuánto pesa buscarse un destino distinto al que se previó para nosotras, litigar, ahora ya ni siquiera frontalmente, dado que los movimientos de liberación femenina han sido aplacados porque se considera que sus demandas ya fueron satisfechas, con una sociedad que todavía no sabe asumir sin hostilidad y rencores a quienes cambian.

Me preguntaba hace poco un periodista: ¿Por qué a pesar de todo lo logrado, las mujeres hacen sentir que no han conquistado la igualdad? ¿Qué falta?

Falta justamente la igualdad, le respondí. ¿Por qué si un hombre tiene un romance extraconyugal es un afortunado y una mujer en la misma circunstancia es una piruja? ¿El hombre un ser generoso al que le da el corazón para dos fiebres y la mujer una cualquiera que no respeta a su marido? ¿Por qué no nos parece aberrante un hombre de cincuenta años entre las piernas de una adolescente y nos disgusta y repele la idea de una mujer de treinta y cinco con un muchacho de veintiséis? ¿Por qué una mujer de cuarenta y cinco empieza a envejecer y un hombre de cuarenta y cinco está en la edad más interesante de su vida? ¿Por qué detrás de todo gran hombre hay una gran mujer y detrás de una

gran mujer casi siempre hay un vacío provocado por el horror de los hombres a que los vean menos? ¿Por qué los esposos de las mujeres jefes de Estado no se hacen cargo de las instituciones dedicadas al cuidado de los niños? ¿Por qué a nadie se le ocurre pedirle al esposo de una funcionaria de alto nivel que se adscriba al voluntariado social? ¿Por qué las mujeres que ni se pintan ni usan zapatos de tacón son consideradas por las propias mujeres como unas viejas fodongas cuando todos los hombres andan en zapatos bajos y de cara lavada sintiéndose muy guapos? ¿Por qué se consideran cualidades masculinas la fuerza y la razón y cualidades femeninas la belleza y la intuición? ¿Por qué si un hombre puede embarazar a tres distintas mujeres por semana y una mujer sólo puede embarazarse una vez cada diez meses, los anticonceptivos están orientados en su mayoría hacia las mujeres?

Y puedo seguir: ¿por qué al hacerse de una profesión las mujeres tienen que actuar como hombres para tener éxito? ¿Por qué los pretextos femeninos —tengo la regla o mi hijo está enfermo, por ejemplo— no pueden ser usados para fallas en el trabajo, y los pretextos masculinos —estoy crudo, perdonen ustedes pero vengo de un tibio lecho, por ejemplo— son siempre aceptados con afecto y complicidad?

¿Por qué la libertad sexual a la que accedimos las mujeres ha tenido que manejarse como la libertad sexual de la que hace siglos disfrutaban los hombres? ¿Por qué las mujeres nos pusimos a hacer el amor sin preguntas cuando cada vez seguía latente en nuestros cuerpos la

pregunta ¿qué es ésta maravilla? Y aceptamos sin más la respuesta que los hombres se dieron tiempo atrás y que a tantos desfalcos los ha conducido: “éste es un misterio, ponte a hacerlo”.

Sólo los poetas han querido librarse de usar esta respuesta para responder a las múltiples preguntas que los hombres responden con ella, pero los poetas, como las mujeres, no gozan todavía de mucho prestigio nacional. Prestigio tienen los misterios, no quienes se empeñan en descifrarlos. Y los misterios, como casi todo lo prestigioso, los inventaron los hombres. Con ese prestigio nos han entretenido mucho tiempo. Cuántas veces y desde cuándo nos hemos sentido halagadas al oír la sentencia patria que dice: la mujer es un misterio.

Y ¿por qué no? La virgen de Guadalupe es un misterio, la Coatlicue es un misterio, la muerte es un misterio, la mujer debe ser un misterio y las sociedades sensatas no hurgan en los misterios, sólo los mantienen perfecta y sistemáticamente sitiados como tales. La virgen de Guadalupe en la basílica, la Coatlicue en el Museo de Antropología y ¿las mujeres?

Las mujeres ya no quieren seguir a los hombres a pie y sin replicar. Bueno y vaya, parece que se nos ha dicho. Y nos hemos subido a los caballos y trabajamos el doble y hasta nos hemos puesto al frente de nuestras propias batallas.

Por todo eso, incluso hemos encontrado prestigio y reconocimiento. Sin embargo, aún no desciframos el misterio. Aún no sabemos bien a bien quiénes somos,

mucho menos sabemos quiénes y cómo son las otras mujeres mexicanas.

La última tarde que pasé en México, fui a una de las apresuradas compras de zapatos que siempre doy en hacer antes de salir de viaje. Volví de una elegante zona comercial encerrada en mi coche que olía bonito, canturreando una canción que cantaba en mi tocacintas la hermosa voz de Guadalupe Pineda.

Estaba contenta. Conmigo, con mis amores, con la idea de viajar, con la vida.

Entonces me detuvo en un semáforo el rostro espantoso de una mujer que pedía limosna mientras cargaba a un niño. Estamos acostumbrados a esos encuentros. Sin embargo, la cara que cayó sobre mí esa tarde era inolvidable de tan fea.

—Debe estar enferma —me dije. Y no eres tú. Es ella, es otra mujer. Tú eres una mujer que vive en otra parte, eres una escritora, una testigo. No la subas a tu coche, no ensucies tu bien ganada dicha de hoy, no la cargues, déjala en la esquina con su niño moquiento y sus preguntas que tan poco tienen que ver con las tuyas. Y corre a terminar tu conferencia sobre la situación actual de las mujeres mexicanas. Corre a ver si desde tu fortuna tocas algún misterio. Corrí. Y aquí estoy después de darle vueltas por dos horas, todavía con la certidumbre de que no he tocado el misterio.

[Ángeles Mastretta, *Puerto Libre*, Ed. Cal y Arena, México, 1993. Edición autorizada para el Proyecto Ensayo Hispánico; versión digital de Carlos Coria-Sánchez.]

LA REVUELTA DE LOS LÉPEROS

Humberto Musacchio

Para don Ricardo Cortés Tamayo.

Esta crónica fue escrita a partir de diversas lecturas, especialmente de los trabajos del inagotable Guillermo Prieto y de *Hablan las piedras*, obra de Luis Fernando Granados, quien confrontó todas las versiones asequibles sobre la resistencia de los habitantes de la ciudad de México durante la ocupación estadounidense. De lo leído tomé datos y algunas frases completas. Me valí también de un rastreo cartográfico y de la vieja nomenclatura urbana. En 1847 la capital del país era pequeña: por el poniente, a lo largo de San Cosme, apenas iba más allá de San Fernando; por el sur llegaba más o menos a lo que ahora es Fray Servando, por el oriente hasta San Lázaro y por el norte, más allá de las calles de Perú, en el fangal había caseríos dispersos que no alcanzaban a unirse con Tlatelolco. Uso aquí referencias urbanas que espero sean familiares para el lector, en especial nombres de iglesias y conventos que a su vez dieron denominación a barrios enteros. Cabe decir que la cárcel de la Acordada estaba en la actual esquina de Juárez y Balderas, El Volador ocupaba el predio donde está la Suprema Corte, Necatitlán

era la novena calle de Cinco de Febrero y así se llamaba el barrio que está al sur de Izazaga.

El 14 de septiembre de 1847, hacia las nueve de la mañana, por Plateros entró al Zócalo el general Winfield Scott, quien sonriente y satisfecho desmontó ante la multitud para entrar caminando a Palacio, donde ocupó el despacho presidencial. El ejército mexicano había abandonado la ciudad y a sus habitantes. En la gran plaza hormigueaba la plebe, que siguió llegando en tropel hasta formar una multitud que, ofendida y humillada, vio cómo se izaba la bandera de las barras y las estrellas en el asta principal del Palacio.

Entre la soldadesca yanqui, que había recibido en formación a su comandante, crecía el nerviosismo ante las cabezas que asomaban por ventanas y azoteas y el incesante cuchicheo de los espectadores que los miraban de reojo y los señalaban. Fuerte, rabioso, entre el gentío estalló un «¡Muera Santa Anna!», lo que coreó la multitud que se arremolinaba en la plaza. Para entonces la muchedumbre se había descompuesto en corrillos que se desplazaban de un lado a otro, se hablaban y se hacían señas mientras los forasteros a duras penas controlaban sus caballos.

Repentinamente se escuchó un tiro, luego otro e inmediatamente un tercero.

En medio del silencio se oyeron gritos y nuevos disparos que llegaban desde Betlemitas. En el mercado del Volador, encaramado en lo alto, un hombre de ojos muy negros, cabello lanudo y alborotado, hablaba muy al

alma. Su voz estentórea como que esponjaba el cuerpo. Era Próspero Pérez, quien arengaba a la masa: «La fuerza con las balas se repele y no con triduos y novenas como hacen los ricos. Las mujeres nos dan el ejemplo, ¿qué, ya no hay hombres? ¿Qué no nos hablan esas piedras de las azoteas? ¡Hermanos, a las armas!».

La voz del orador se perdió en medio de un fuego graneado y desde las azoteas cayeron sobre los yanquis piedras y balas, mientras abajo la soldadesca, desesperada, disparaba a quemarropa, lanzaba cuchilladas, atropellaba niños, golpeaba mujeres. La gente respondió enardecida, sacó verdugillos y palos, lanzas y resorteras mientras corría hacia la espalda de Palacio. Los gringos perseguían a unos pero sólo para ser alcanzados por otros que los derribaban del caballo para apalearlos y dejar en el suelo sus cadáveres semidesnudos. Las mujeres acarreaban heridos, vitoreaban, alentaban, se asían de los yanquis que andaban dispersos y a mordidas y arañazos los tiraban y les quitaban el arma.

La gente de Necatitlán se hizo fuerte en la esquina surponiente de la plaza. «¡Jijo de una mala palabra el que no se muera aquí! ¡Muchachos, aquí está la honra del barrio!» Para entonces, numerosas puertas habían sido tapiadas y las casas eran abandonadas por familias enteras, ansiosas de poner a sus hijas a salvo del estupro y la violencia de aquellos bárbaros de pelo güero. En los zaguanes se improvisaron barricadas en espera de lo peor. Y lo peor llegaría, pues a la hora de las balas, aquí se lloraba, allá se pretendía huir, pero había la decisión de

resistir. Una rueda de muchachos hacía cartuchos mientras algunas chamacas repartían pan entre los patriotas.

Del prostibulario callejón de López salía la gente a provocar a los gringos, buscando atraerlos a territorio rebelde. De ahí partió la bala que hirió en una pierna al coronel Garland y, en respuesta, los jefes yanquis mandaron a la infantería en busca de la turba que rápidamente se replegaba hacia el barrio del Tarasquillo, donde se perdía en el laberinto de callejones en torno a la capilla de Dolores. Desconcertados, los gringos disparaban los cañones contra el vecindario, sin importar la población civil, pero la artillería era impotente en la maraña de callejuelas y la revuelta brotaba de nuevo en San Juan de Letrán o atrás de San Francisco.

Al poniente, en el barrio de San Diego y en los alrededores de la Acordada, el sigilo del puñal liquidaba a los invasores desperdigados. Al sur, en torno de la Ciudadela se mantenían las hostilidades y lo mismo ocurría en las inmediaciones del Salto del Agua, en San Salvador el Seco y en San Salvador el Verde, en Tlaxcoaque y San Antonio, en San Lucas y el Cacahuatal de San Pablo. Desde el Zócalo, las fuerzas de ocupación enviaron hacia el sur un destacamento, pero en la plaza de la Paja fue detenido por los insurrectos. Llegaron artillería y refuerzos para los rubios y los rebeldes fueron echados hacia atrás, pero se dividieron en San Lucas hacia este y oeste y ofrecieron una furiosa resistencia en el Cacahuatal y en Necatitlán.

Los combates más encarnizados ocurrieron en las inmediaciones de templos y conventos, aun en las calles habitadas por la gente de bien, como sucedió en Tacuba

y Santa Clara, donde la soldadesca estadounidense sufrió por lo menos cincuenta bajas. Una fuerza gringa rodeó el convento de Santa Isabel desde la Alameda a los alzados de Tacuba, pero el movimiento fue descubierto y desde la Santa Veracruz y del barrio de Juan Carbonero salieron tiradores a hostilizar a los extraños, quienes corrieron a refugiarse en el Palacio de Minería.

Simultáneamente, las fuerzas regulares yanquis peleaban contra los patriotas a lo largo de Factor, Vergara y Coliseo y en Manrique, la calle paralela hacia el oriente. Desesperados en su lucha contra tiradores fantasmas y demonios con cuchillo, ocupaban las azoteas y las torres de las iglesias, derribaban puertas con hacha y piqueta para entrar brutalmente en los hogares.

Hacia el mediodía penetró en la ciudad una compañía de lanceros mexicanos que chocó con las fuerzas gringas en el puente de la Mariscala. Pero la confrontación se produjo por error, pues Santa Anna, a salvo en la garita de Peralvillo, los había enviado solamente a explorar y a media tarde estaban de regreso en la seguridad de su campamento, mientras la población hacía frente a los yanquis prácticamente con sus solas manos.

En Santa Catarina, montado sobre un brioso caballo, Celestino Domeco de Jarauta, un sacerdote aragonés con los hábitos arremangados y agitando una bandera, gritaba: «¡Viva México! ¡Mueran los yanquis!». En un rato juntó un aguerrido contingente y se lanzó sobre Santo Domingo, donde fue recibido por una batería enemiga y una fuerza de infantes que lo hicieron retroceder de

nuevo hasta Santa Catarina, pero siguió batallando en los alrededores del Carmen y San Sebastián.

Pasadas las cinco, la municipalidad recibió a un enviado de Scott, quien, insolente, advirtió que bombardearía la ciudad si el ayuntamiento no hacía algo para contener a los rebeldes. A la caída del sol, el cabildo entreguista publicó un primer manifiesto según el cual era la resistencia a los estadounidenses, no la invasión de estos, lo que constituía un «grave e irremediable perjuicio contra la población pacífica y el bien común».

Al hacerse de noche continuaron los enfrentamientos, pero el cansancio y el hambre iban ganando a las partes. El fuego se mantuvo, aunque las escaramuzas se hicieron cada vez más esporádicas. Solamente en los alrededores de la Ciudadela, los obreros de las barriadas contiguas mantuvieron el combate como si fuera de día.

A oscuras, la ciudad era recorrida por la caballería gringa que, para intimidar, al ruido de los cascos agregaba el golpeteo incesante de sus sables contra la herrería de las ventanas. Al ver una casa abandonada la allanaban en plan de rapiña y lo mismo hacían en domicilios ricos, en los que forzaban las cerraduras y se entregaban al pillaje, violaban a mujeres y niñas y asesinaban a los hombres de toda edad y condición.

Pero no todos los mexicanos dormían. De vez en cuando el chispazo de un disparo rompía la oscuridad y el golpe seco de los cuerpos interrumpía el silencio. En Santo Domingo, en la Alameda y en Santa María amanecieron los cadáveres de soldados gringos desnudos, cas-

trados, cubiertos por nubes de moscas, semidevorados por los perros.

El día 15 la ciudad despertó tapizada con un nuevo manifiesto del cabildo colaboracionista. El pueblo respondió embarrando con lodo y excremento aquellos cartelones. Los combates continuaban y con frecuencia cobraban una intensidad semejante a la del día anterior, pero lo cierto es que mal armados, sin parque para los escasos fusiles, los mexicanos optaban por ser más selectivos.

Esa mañana surgieron otros héroes, como el reverendo Lector González, un hombre muy moreno, de negro copete, mirada altiva y palabra fácil y convincente. Llevaba en alto un estandarte con la Virgen de Guadalupe y se le vio combatir en Loreto, en Santa Ana y en Los Ángeles. Otro cura rebelde fue el padre Martínez: delgado, calvito, de nariz armada, con hábito arremangado y valor sin límites.

A mediodía la balacera subió de tono. Del Cahuatal y del barrio de La Palma, en la Candelaria de los Patos, subían humaredas gruesas, como de incendio grave. Cerca de Santa Catarina murió el padre González, pero en la Ciudadela los yanquis que se atrevían a salir se jugaban el pellejo. El fuego continuó en forma intermitente hasta la noche, sobre todo al norte de San Cosme, pero era un hecho que la vida tendía a normalizarse, pues aumentó notoriamente el número de banderas extranjeras en las casas de la gente de bien y en El Volador abrieron algunos negocios.

El jueves 16 los combates habían cesado casi por completo y se reinició la actividad comercial. Aunque

con cautela, la gente volvía a las calles. La vida empezaba a normalizarse y Scott dispuso trasladar de Tacubaya a México a los heridos, a quienes alojó en el hospital de Jesús. Santa Anna, por supuesto, decidió alejarse todavía más de la capital. El 17, la soldadesca gringa tomó la Universidad como cuartel e hizo lo mismo con la Normal y el convento de Santo Domingo. El domingo 19 el clero se negaba a officiar misa, pero el asunto se resolvió con una amenaza del mando estadounidense.

Los ocupantes impusieron la paz, pero todo el tiempo vivieron con el temor a un alzamiento, reponiendo cada día los vidrios de Palacio rotos a pedradas, sin poder alejarse de sus cuarteles por temor a los robos y asesinatos. A principios de octubre se reanudaron las corridas de toros, se repartió pan a los pobres en San Juan de Letrán, el teatro de Santa Anna fue reabierto y las *Margaritas* —ficheras, diríamos hoy— bailaban con los invasores en el café de la Bella Unión, lo que dio pie a unas coplas que reprobarían las feministas:

“Sólo las mujeres tienen corazón para hacer alianza con esa nación.”

Ya entonces, los yanquis muertos sumaban por lo menos 300. A un ritmo de nueve acuchillados por noche, los invasores siguieron pagando su tributo de guerra. Cada semana, a veces cada día, se manifestaba el odio contra los invasores hasta que finalmente, el 12 de junio de 1848, desocuparon la ciudad y la bandera mexicana volvió a ondear sobre Palacio.

De aquellos días amargos surgiría una nueva conciencia nacional.

POEMAS

Thelma Nava

Esbozo para empezar un amor

Certero, como el que apunta al corazón de la uva
te aposentas en mí.

Preciso como el aire de junio,
la infatigable luz se adormece en la tarde
o el grito del flamenco despedazando inútiles
ocasos.

Por ti salgo a encender la pira de los sueños
y a cosechar gardenias imposibles.
Las prendo a un pedazo de tronco fugitivo:
testimonio de ofrenda para el viento
—guerrero hecho de vidrio por el que se despeina
lánguidamente el árbol de un crepúsculo enfermo.

Porque llegas aquí,
porque estás en el bosque del prodigio al comienzo
de una ternura más redonda que un disco de
diamante

Antología ADO GL 2. Lee mientras viajas

y más pura que el canto de un canario que tiembla
y se deshace al pie de una ventana de alcanfores.

Por eso, amigo mío, voy a pulir mis manos en tu rostro.

Porque estás aquí en ti yo creo.

Creo en la llamarada de la tierra

y en el fulgor de un lago que te escucha,

que se hace cada vez más transparente.

Quiero saberlo todo: lo que se esconde detrás

de la violencia

de tus ojos, lo que hay bajo la cuerda tensa de tu piel.

Para decir el nombre de las cosas, la palabra precisa,

la que en ti permanezca, la que te diga buenos días

y te descubra el vuelo de la dicha, la orilla de los besos

circundados apenas por una lágrima cuidadosamente

amaestrada:

voy a iniciar la huida del silencio.

Antes que acabe el alba de seducirme con sus hojas de
oro,

antes que el viejo árbol empiece a corretear a los
conejos

detendré la mirada en la resurrección de una
esperanza

que se tienda a tu lado como un largo animal
adormecido.

El innombrable

La sombra fue
siempre la sombra
el halo que tu imagen me dejaba.
Desterrado de mi paraíso
libre por fin de ti
de tus congéneres
emerge finalmente
tu verdadero rostro.

¡Cuánto afecto, mi Dios, desperdiciado!

Destino de las palabras

Navegamos los días
y las palabras viajan hasta darnos la mano
las palabras incendio
en los labios insomnes
las palabras incendio
festín de fuego para el solitario.

¿Qué destino para las palabras?
Se recomienza siempre y se vuelve
a la palabra primitiva
la que ata
y nos seduce
viva
temblorosa
cálida
como una mano en la espalda desnuda
o la tibieza de un cuerpo no besado.

Los suicidas del viaducto

Salieron a contemplar la luna de junio
y los niños olvidaron sus juegos.

Pocos pueden permitirse el lujo de una muerte
elegida
en un cierto momento
ser un mínimo astro incendiado en el cemento
acariciado poco antes por una barredora mecánica
de luces amarillas e intermitentes.

Los suicidas del viaducto murieron cantando
—como en Vietnam
y el humo de sus huesos ascendió
—como en Vietnam
por la dulce mañana
como asciende la niebla del mar.

Las señales

¿Acaso era necesario decir que las señales del amor
eran tan evidentes como el sello que llevaba en la
frente

el acusado
como la ola invisible lamiendo el ala de nuestro
corazón?

¿Acaso necesitábamos preguntarnos qué era lo que nos
acercaba y nos hacía rechazarnos,
serpientes agonizando en nuestro propio laberinto?

Todo nacía de madrugada, con la avidez del que espera
uno y otro día
en silencio la partida, la ruptura del círculo,
el imposible beso de la figura de barro que nos llama.

Todo nacía en verano, donde la realidad y el sueño
se confunden
cogidos de la mano del absurdo, de lo que no es jamás
regreso
de la siempre partida hacia otra parte.

Día que aguardas el silencio de la luz construyéndote
y llegas atónito ante las puertas que te fueron
negadas.

Daguerrotipos

I

Una niña de pie, sobre un taburete de paja
apoyada en un falso tronco
mira tristemente a la distancia.
¿Qué es lo que sus ojos contemplan sin asombro?
Con la mano izquierda sostiene
un cesto de flores de seda.
Su larga cabellera, su tímido fleco que cubre la
amplia frente
que todavía no conoce su destino
despierta en mí de pronto umbrosas sensaciones
detrás de la memoria.
Su pequeña figura de dos años
lleva unas medias oscuras y un amplio
vestido de organza que imagino blanco.

No es en verdad una niña:
es mi padre vestido al gusto de la abuela
a principios del siglo pasado.

II

a mi madre

Sonríes en el daguerrotipo que congeló tu imagen.

No has sucumbido al paso del tiempo
mientras eres testigo de cuánto hemos cambiado.
El arco de tus cejas parece indicarnos
las intenciones que tu mirada no revela
lo que tú no sugieres en ese rostro de anguloso
trazo.

Tu pasión contenida en ese instante captado para la
eternidad
es tu victoria, aunque nunca lo supiste.

[Thelma Nava, “Los pasos circulares. Antología Personal.”,
Ediciones Monte Gargano, Primera Edición 2003, México.]

¡DETENGAN EL LABERINTO!

Juan Villoro

Juan Ruiz llegó a Yucatán a ver por qué los yucatecos comían tanta azúcar. Trabajaba para una compañía sonorense dispuesta a hacer grandes negocios con el apetito peninsular. En Progreso conoció a una muchacha que acababa de despachar a un pretendiente “porque fumaba cigarros rusos muy apestosos”. Estela Milán pertenecía a una familia cuya buena reputación emanaba, no de sus blasones nobiliarios, como hubieran querido algunos de sus miembros, sino de sus sabrosos helados. A unos pasos de la estación del tren, la Nevería Milán ofrecía sorbetes y chufas. Durante años, la familia había probado su habilidad para confitar en frío, pero su verdadera aspiración era el *bel canto*. Estela Milán solía interrumpir los bailes para interpretar un aria, el codo apoyado en el hombro de su galán.

Juan Ruiz tomaba decisiones con la llana simplicidad de quien es rústico y es español. Un día abrió la puerta de su choza en la sierra de León, vio la nieve en

derredor, pensó en el trabajo que lo aguardaba en el corral de las ovejas y decidió irse al continente donde todas las frutas son posibles. En sus primeros años americanos “labró futuro” durmiendo en el mostrador que atendía por las mañanas. Sus penurias fueron tantas que aquel mostrador acabó por parecerle comfortable. Varios años después había logrado reunir algún dinero. El salón de bailes de Progreso debió parecerle un recinto del imperio austro-húngaro y aquella muchacha que se abanicaba sin cesar, una princesa de Dalmacia (algo que ella no hubiera vacilado en aceptar). Ante Estela, sus mejores credenciales eran su acento español (en las raras ocasiones en que hablaba) y su “pinta distinguida” (una manera de decir que a pesar de su corta estatura y la calvicie incipiente, sus facciones alargadas sobresalían en los salones yucatecos donde abundaban las caritas píncicas). Así como un día el aire helado cuajó en una insólita palabra, “América”, así supo que viviría toda su vida con Estela. Nada mejor para un prófugo del frío que una muchacha para quien la nieve era algo que sabía a guanábana.

Yo los conocí muchos años después como mis abuelos. Su matrimonio tuvo el tipo de éxito que solían tener los matrimonios de entonces: no se divorciaron y no se hablaron en los últimos veinte años.

Vivíamos en el dúplex que mi abuelo construyó en Mixcoac y que era un ejemplo de su carácter; si el arquitecto decía que las paredes debían tener medio metro de espesor, él disponía que fueran de dos metros; no había manera de convencerlo de que no estaba edificando las murallas de Campeche. Y no sólo le molestaban las pa-

redes de medio metro. En su caso, “estar de buen humor” significaba elogiar durante dos minutos a Rojo, el caballo de su infancia, o apiadarse de su único amigo, el señor Marañón, que tenía un trapo en la cara porque le habían quitado la nariz. No le entusiasmaba nada que no fuera beber café negro en una botella de refresco o morder bolillos durísimos. En esa época era idéntico a Fernando Pessoa, cosa que, por supuesto, todos ignorábamos. Sin embargo, a diferencia del poeta, lo permanente en él no era la depresión sino el enojo. De las muchas emociones simples de que dispuso en vida, el abuelo escogió la cólera para sus últimos años.

A veces, al ver que los jugadores de fútbol americano se pegan en el casco para celebrar una jugada, pienso que los coscorriones del abuelo eran crípticas felicitaciones. Como quiera que sea, nada podía impedir que pasáramos la mayor parte del tiempo en la parte inferior del dúplex, la casa de los abuelos. Ellos sí tenían televisión.

—Chíquiti pollo, chíquiti pollo —decía mi abuela, y se pellizcaba el cuello repetidas veces, cuando el 7o. de caballería liberaba a “los buenos”. Ésta era su forma de decir “lero lero candelero”.

Para nosotros Yucatán era la peculiarísima forma de hablar de la abuela. Sabíamos que venía de un lugar remoto y que varios de nuestros parientes habían muerto luchando contra México. Tal vez porque el abuelo no daba otros signos de vida que un bastonazo de ocasión, su patria no parecía tan lejana.

Mi abuela tenía una amplia memoria, siempre mejorada por su imaginación. Nos contó mil veces el bom-

bardeo de Progreso (la familia corrió hasta Chicxulub y se refugió en una casa repleta de alacranes), la llegada del cometa Halley, la visita de Madero a Yucatán: el héroe la tomó en brazos en un parque, dijo “qué bonita niña” y le plantó un beso en la mejilla (para mi abuela, la Revolución había sido obra de forajidos, pero guardó un buen recuerdo del “pobre hombre” que la besó de niña).

Lo más interesante de sus historias era que estaban llenas de misterios insolubles. Todo lo que contaba de su abuelo, José Nicoli, era para demostrar que *no era negro*. Él había llegado de Honduras en compañía de su esclava, la futura nana de mi abuela... “Era un hombre de pelo crespo, boca amplia, algo morenito, pero no negro.”

La ignominia máxima para una mujer consistía en no ser blanca (pronunciaba con tal énfasis que se oía *balança*) y la siguiente (disponía de una vastísima escala de oprobios) ser blanca y “revolcarse con un turco”.

Todos los días renovaba su decencia describiendo con lujo de detalle la indecencia de los demás. Si hubiera dicho “Fulana se fue con Mengano” jamás habría reparado en ello, pero cuando se refería a “jésa que se revuelca con los turcos!”, me daban ganas de conocerla. La frase tenía una innegable carga sexual y hacía pensar en amores circenses, arábigos, magníficos.

Una tía abuela mía había sido raptada (y devuelta) en su juventud... “pero no por un turco”, aclaraba mi abuela. La sangre árabe sólo le parecía recomendable para la cruce de los caballos a los que mi abuelo le apostaba los domingos.

Los apellidos de ciudades suelen señalar un ori-

gen judío sefardita y los Milán no debían ser la excepción, pero mi abuela había dado con un documento (perfectamente imaginario) que la vinculaba con Fernando VII. Vivía para ser blanca, decente y hasta santa. Cuando mi abuelo y yo regresábamos del hipódromo, nos informaba que alguien había ido a preguntar si ahí vivía la santa.

—Se conoce que están enterados —añadía, con un gesto de la más transparente vanidad.

—¡Esta mujer! —farfullaba mi abuelo.

Yo estaba de parte de la abuela. Era cariñosa, inventiva, malediciente y encontraba una justificación extralógica para cualquier cosa. Una de nuestras actividades centrales consistía en *sopear* panes en su café con leche (acaso por ese don yucateco para azucarar las cosas, el suyo sabía más rico que el de los demás). Cuando mi madre nos encontraba lamiendo las gotas que habían ido a dar a nuestros antebrazos, iniciaba una reprimenda: —¡Qué porquería!

Entonces ocurría la fabulosa explicación de mi abuela:

—Si así lo hacen los americanos —y a continuación inventaba una película de gente refinadísima que *sopeaba* el pan, con un reparto avasallador: Ingrid Bergman, James Stewart, Grace Kelly y Humphrey Bogart.

—Pero ellos no se lamen los antebrazos.

—H'm. Se acabó —y las lágrimas fluían puntuales de sus ojos.

—¡Sí, hazte la víctima!

—Tienes razón —sollozaba—, se me figura que la

Bergman no estaba en la película, sino Rita Hayworth —era imposible regatearle un argumento.

Mi abuela es la única persona que he visto llorar sin sentirme mal. Las lágrimas eran la exacta puntuación de sus historias. Me gustaba que contara el episodio del chocolate. En una época en que fueron muy pobres, su padre gastó sus últimas monedas en comprar un trozo de chocolate que tuvo que repartir entre sus siete hijos. La primera lágrima siempre caía en la palabra “trozo”.

Pero su capacidad histriónica conocía momentos más intensos. Sus desmayos y sus ataques eran espléndidos. Sabíamos que los fingía, pero parecían tan verídicos que nos arrodillábamos a rezar mientras mi abuelo iba por el alcohol. Mi abuela había querido ser cantante de ópera. Por suerte para nosotros su padre no la dejó; de lo contrario nos hubiera privado de las escenas que iban del árbol de hule en el jardín a la azotea donde recitaba un aria de fin de mundo hasta que descubría que no valía la pena lanzarse de algo que no fuera un castillo. Esta pasión la llevó a incluirme en un drama: —Te voy a costurar un trajecito —me dijo cuando le hablé con entusiasmo de la película *El Cid* Campeador.

Su inagotable capacidad de extravagancia también pasaba por la Singer. Había hecho títeres en forma de dedos, la familia *Tuch* (ombligo). Por desgracia he olvidado los parlamentos que le asignaba a los diez ombligos.

En el caso del Cid, nada le pareció más natural que yo llevara mis gustos castizos a la calle. Velamos las armas en el antecomedor y luego me habló pestes de los moros (un moro era un enemigo terrible, un turco histó-

rico). Así, un día de gracia de 1964 salí a combatir moros a la calle de Santander, enfundado en un traje medieval, con cruz roja al pecho y espada de palo a manera de la Colada. Por una vez los indios y los vaqueros se unieron para destruir esa incoherente aparición.

Mi abuela quedó feliz con la escaramuza. Curó mis heridas con violeta de genciana, arregló el traje y se ofreció a confeccionar una cota de malla con un mosquitero. No soporté la idea de un nuevo enfrentamiento. Le hablé de los penachos indios y las afiladas botas de los vaqueros, con tal intensidad que se aficionó al rodeo. Ante la mirada disolvente de mi abuelo, la sala se transformó en un lienzo donde mi abuela toreaba perros de peluche.

—Lo más importante es el público —no podía iniciar una escena sin testigos suficientes; pasábamos la mayor parte del juego abarrotando la falsa chimenea de muñecos y mascotas.

Alguien tan hábil para contar descabros ajenos debía tener una fuerte noción del qué-dirán. Y mi abuela la tenía, pero sólo abarcaba a los yucatecos. Si le llegaba una boleta de luz excesivamente alta, decía:

—¡Machis!, se me figura que me quiere perjudicar un yucateco de la compañía de luz.

En su mente, el pequeño mundo de Progreso se había trasladado a la ciudad para observarla. Sus actos seguían siendo tan comentados como cuando iba a la nevería o al teatro Melchor Ocampo. A juzgar por su recelo, Yucatán debía ser una sociedad de conspiradores. Si alguien le ofrecía presentarle a un paisano, exclamaba:

—¡Fo!, ¡a redo vaya! —que más o menos significa “fuchi, vete al diablo”.

En cuanto a la familia, sólo entraba en su vida en forma de molestia. Su madre era una figura tiránica. Se acostaba en su hamaca, el único sitio donde estaba “comodita”, a comer plátanos con leche y decidir la vida de sus hijos. A Florinda la destinó a la soltería: “eres la fea, tú me vas a acompañar de vieja”. Florinda desarrolló tal fobia a los espejos que gritaba si le colocaban uno enfrente. Ernesto, el hermano mayor, era malísimo, se comía todo el arroz de los años pobres “y ni siquiera engordaba”. Este apetito sin provecho apenas era compensado por el humor “del pobre Gonzalo” (mi abuela no podía hablar de alguien bueno sin pobretarlo). Gonzalo murió joven y lo único que sé de él es la frase que dijo en una alberca: “hago tan bien el muertito que hasta me empiezo a pudrir”. Elvia tenía jaquecas todos los días a las cuatro en punto; se acostaba unos minutos antes, a esperar su hora de dolor.

La única amiga de mi abuela era la señora Villa, una italiana (sus elaborados prejuicios le hubieran impedido tratar a alguien que se apellidara como el Centauro del Norte), casada con un ex piloto de Mussolini que se mantenía jovencísimo gracias a una dieta de miel.

Además de la señora Villa, Italia tenía otras virtudes: era el país de la ópera y no era España. Y es que la abuela había emprendido una cruzada antihispánica. Aunque el Cid merecía su aval moral para decapitar moros, los españoles del dúplex (mi abuelo y mi padre) sólo podían ser objeto de intriga. En aquellos días primarios,

me convenció de que España era el país donde la gente no se cambiaba de camisa.

Ella era fanática de la limpieza; los jabones que pasaban por sus manos cobraban otra consistencia, como si hubieran servido a un regimiento, y tenía no menos de tres polveras en servicio. El caso es que una de nuestras complicidades consistía en contar los días que mi padre llevaba con la misma camisa. Es obvio que alguien que creció en un internado jesuita, donde había que romper el hielo en el aguamanil para lavarse la cara, no podía tener la misma relación con el agua que una dama del trópico, pero mi abuela aprovechaba cualquier oportunidad para que la vida de la casa se volviera interesante, es decir, sospechosa.

Vivía rodeada de extranjeros. Mi hermana y yo éramos “mexicanos”, y por más lástima que esto le causara, jamás hubiera pensado en compartir nuestra suerte. Mi madre nació en Yucatán, pero su vida estaba marcada por el estigma de los descastados: había empezado a fumar.

Todas sus ideas eran fijas: mi hermana Carmen y yo éramos perfectos, a pesar de que jamás lográbamos cumplir una de sus más caras obsesiones: dibujar “un tucho nadando”. El tema estaba a la altura de nuestros gustos estrafalarios, pero desperdiciamos cientos de crayones sin lograr que el simio nadara.

Cuando mi madre le dijo (llorando en serio, sin la menor teatralidad) que yo era sonámbulo y hablaba solo, ella respondió: “cómo sufre el nene”. Los culpables de mis defectos siempre eran otros, en especial mis insoportables amigos:

—¡Estos chiquitos sólo vienen a hacer laberinto!
—se quejaba.

“Hacer laberinto” era hacer escándalo, lo cual dio lugar a una deformación que mi abuelo usaba para interrumpir el rodeo o algún aria de Verdi:

—¡Detengan el laberinto! —blandía el bastón sobre nuestras cabezas y mi abuela aprovechaba para desmayarse.

En los días de gloria, además de la televisión, la abuela nos dejaba ver sus cálculos del riñón.

—Cuidado con el *xix* —decía para que no tiráramos las migajitas (el sonido de la *x* equivalía al *sh* inglés), luego volvía a guardar los cálculos en un armario repleto de cajitas vacías.

El *xix* era una de las claves psicológicas de mi abuela.

—¡Mis platillos se gastan tan ligero! —decía en un tono de falso reproche. No queda ni el *xix*, ahora, ¿con qué hago los *nadches*?

La verdad sea dicha, le daba gran gusto que sus guisos despertaran en nosotros la legendaria voracidad de su hermano Ernesto. No tenía la menor intención de preparar recalentados (*naches*), pero aprovechaba la oportunidad para demostrar que la cocina era una labor de sacrificio, extenuante, un capítulo más de su vida de santa que ninguno de nosotros valoraba (a diferencia de los vecinos de Mixcoac que iban a preguntar por ella en nuestra ausencia). Preparar guisos yucatecos es, en efecto, someterse a la tiranía del horno de tierra, las emblemáticas tres piedras del fogón maya o la estufa de

gas que según la abuela hacía que la cochinita supiera a “lámpara de explorador”. Pero en este caso la sumisión era voluntaria. A dos cuadras había una casa con un jardín donde despuntaban árboles de plátano. Veíamos las hojas en el camino a misa: verdes, bruñidas, capaces de despertar los antojos de la abuela.

—Se me figura que vamos a comer dzotolbichayes —comentaba por lo bajo. Esta era la señal para que yo subiera a la barda (que a diferencia de otras muchas de la época no estaba coronada de vidrios rotos) y arrancara cuantas hojas estuvieran a mi alcance.

En la iglesia la veía rezar con devoción, tal vez arrepintiéndose de haberme inducido al robo. Yo ya sabía que los pecados se dividían en mortales y veniales. Desde entonces la cocina yucateca me sabe a pecado venial, al hurto de hoja de plátano compensado con avemarías.

Una vez que regresaba con las hojas bajo el suéter, la abuela se ponía a cantar *Una furtiva lágrima* o *Recóndita armonía* (ignoro por qué escogía partes de tenores para la cocina) y a sazonar con gustosos aspavientos. Lo que saliera de ahí (cochinita, pan de cazón, relleno negro, brazo de mestiza o espaguetis —con el más yucateco de sus condimentos—) sería un prodigio. La abuela se reconciliaba con Yucatán y con el abuelo por el paladar. Él había aprendido a pedir su frijol *cabax* y a rechazar el arroz *chenté*; comía con singular enjundia aunque su salud estuviera muy mermada. La mesa era la zona de armisticio y mi abuela la orgullosa artífice de esa *pax succulenta*.

Mi abuela le era fiel a los sabores y a un nombre de oro: Ricardo Palmerín.

—Es un trovador —me dijo un día, y me dejó en las mismas.

No teníamos discos de él y ella jamás cantaba sus canciones, pero pronunciaba su eufónico apellido con una admiración que resumía todas las serenatas de su juventud.

En aquella época yo acababa de inventar un héroe imaginario, el atroz Yambalalón, y estaba encandilado por los nombres. Alguien capaz de llamarse Ricardo Palmerín debía tener una voz magnífica.

Un día el señor Marañón llegó a ver a mi abuelo. Todos creíamos que Marañón moriría antes, pues el cáncer ya le había llevado la nariz. Tuvimos que decirle que el abuelo acababa de morir.

—¡Me cachis! —dijo y escuché un ruido bajo el trapo que tenía en la cara. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensé en cómo se suena alguien sin nariz y cerré los ojos antes de averiguarlo. Cuando los abrí, él iba llorando por la calle de Santander.

Es la última imagen que tengo de aquella casa. La muerte de mi abuelo y el divorcio de mis padres hizo que nos mudáramos a un departamento en el que no había sitio para la abuela.

Ahora nos visitaba los fines de semana. Su lengua no perdía filo. Criticaba el cuarto de Carmen (“¡aquí sólo faltan remos!”) y ninguneaba a sus pretendientes (“¡yo sí que salía con ese coconete!, pues señor, ¿qué ya no hay hombres?”). Sólo le gustaban las películas de amor pero detestaba las escenas eróticas. A partir de mediados de

los sesenta fue casi imposible llevarla al cine. Al primer pezón gritaba: “¡tápenle los ojos a los niños!”, y si una pareja se besaba en la oscuridad, decía “yo no pago para ver esta función”.

También se dedicaba a dar consejos apocalípticos. Cuando tomé mi primer avión me recomendó que me sentara lejos de la cabina: “si el avión se zampa sólo sobreviven los de atrás”.

Aunque mantuvo una larga campaña contra los jipis (sus luchas siempre eran de largo aliento), cuando me dejé la barba y el pelo largo exclamó arrobada:

—¡Pareces un San José! —nada más humillante para alguien que buscaba más ásperos parecidos.

Mi primer amor platónico fue, por supuesto, una yucateca, Ofelia Medina. Vi todas sus telenovelas y tuve que soportar comentarios como éste:

—Pobre del doctor Medina, él tan decente y su hija tan bisbirinda.

Una “bisbirinda” era alguien que andaba con cualquiera. Desde entonces, una de las enseñanzas más dolorosas de la vida ha sido descubrir, ante las muchas bisbirindas que me han gustado, mi imposibilidad de ser cualquiera.

La última vez que la vi actuar con energía estaba en la banquetta, aferrada al colchón de mi cama.

—¡Pero si abandona a su madre! —le gritaba a los de la mudanza, incapaz de comprender que me fuera de la casa sin casarme.

Por ese tiempo se le empezó a secar la boca, lo cual dio lugar a toda clase de aberraciones anatómicas

(“se conoce que estoy escupiendo las escamas del cerebro”); hablaba cada vez menos, con frases de una vaguedad total que no dejaban de irritar a mi madre: “pásame el comosellama que está sobre el negociante aquél”.

Pasó sus últimos años en cama, en casa de mi madre. No volvió a hacer reproches. Entró en un delirio feliz donde tenía “catorce años entrados en quince” y donde yo a veces era “el nené” y a veces su hijo Ponchito. Le gustaba acariciarse con una esponja y decir “mi esponjita dura una barbaridad”.

Podía morir en cualquier momento pero esperó seis años hasta la navidad de 1985, el único momento en que no había nadie en casa; entonces tomó una de esas raras decisiones que tomaba en nuestra ausencia para hacernos ver que tenía una existencia paralela: pasó, como a ella le gustaba decir, “a mejor vida”, al mundo donde los vecinos la creían santa y donde todos los muchachos le pedían que bailara un vals (“tengo el carné completo”, contestaba altiva). Sus últimas palabras podrían haber sido “Vámonos: Malecón y Colonia”, la frase del conductor del tranvía de mulas de Progreso, que ella repetía al ir a cualquier lado.

La muerte, lo sabemos demasiado bien, tiene una poderosa capacidad recordatoria. Nos vestimos de negro para acercarnos a las cenizas del muerto y evocamos todos y cada uno de sus actos. No pude pensar en mi abuela sin sentir que mi infancia entera estaba escrita con sus ojos. Para ella, querer a alguien significaba convertirlo en personaje de la vida que vivía como una trama vastísima

y no siempre verdadera. “La vida no acierta a terminar”, me decía, como quien desea salir de una obra inacabable.

A veces la veo en sueños. Me habla en su lenguaje peculiar y opina cosas que aun para la lógica subvertida de los sueños son extrañas, recupero su infinita capacidad de intriga, su humor (no siempre voluntario), sus desplantes operísticos, las historias de turcos, esclavos, hombres buenos derrotados como héroes de Conrad y sátrapas envueltos en el lujo de la decencia. La vida no acierta a terminar.

(Tomado del libro *Palmeras de la brisa rápida, un viaje a Yucatán.*)

Beatriz Escalante

Nació en la ciudad de México en 1957. Conferencista internacional. Jurado de concursos de cuento y novela. Formadora de escritores en talleres de narrativa. Ha desarrollado varios proyectos de promoción de literatura mexicana: *Atrapados en la escuela*, *Días de pinta*, *Cuentos eróticos mexicanos*, entre otros.

Ha colaborado con *Blanco Móvil*, *El Nacional*, *El Sol de México*, *Excélsior*, *Los Universitarios*, *Plural*, *Pregonarte*, *Siempre!* y *Unomásuno*. Ha sido asesora gramatical en varias instituciones como la SEP, la Semarnat, el IFE y la UNAM.

Es autora de novelas, cuentos, antologías de cuento mexicano y de cuento estadounidense; también de libros de ortografía y redacción. Dentro de sus textos narrativos destacan: *Júrame que te casaste virgen*, *El paraíso secreto*, *El marido perfecto y otros cuentos para mujeres*, *Cómo ser mujer y no vivir en el infierno*, y *Los pegasos de la memoria*.

Federico Campbell

Nació en Tijuana, Baja California, en 1941. Es periodista, editor, ensayista y narrador. También ha traducido teatro. Estudió Derecho, Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de México, y Periodismo en el Macalester College, en Minnesota, Estados Unidos. Fue corresponsal de la Agencia Mexicana de Noticias en Washington en 1969. Fue becario de la Fundación Guggenheim y ganó el Premio de Narrativa Colima por su novela *Transpeninsular* (2000). Ha colaborado en diarios y revistas nacionales como *La Jornada*, *Proceso*, y en *Milenio* escribe una columna semanal: “La hora del lobo”. En 1977 fundó la editorial La Máquina de Escribir.

Entre sus obras están: *Infame turba*, *Entrevistas con escritores*, *Todo lo de las focas*, *Pretextos o el cronista enmascarado*, *Los brothers* (cuentos), *Tijuanenses*, *De cuerpo entero* (memorias), *Transpeninsular*, *La clave Morse*, *La ficción de la memoria* (antología sobre Juan Rulfo), *El imperio del adiós* (antología de textos narrativos), *La memoria de Sciascia*, *La invención del poder*, *Máscara negra*. *Crimen y poder*, *Post scriptum triste*, y *Periodismo escrito*.

Juan Gelman

Poeta nacido en Buenos Aires en 1930. Su primera obra publicada es *Violín y otras cuestiones*. Considerado por muchos como uno de los más grandes poetas contemporáneos.

Fue obligado a un exilio de doce años por la violencia política estatal, que además le arrancó un hijo y a su nuera embarazada, quienes pasaron a formar parte de la dolorosa multitud de “desaparecidos”. En 1997 recibió el Premio Nacional de Poesía. Su obra ha sido traducida a diez idiomas.

Reside actualmente en México, aunque “Volver, vuelvo todos los años, pero no para quedarme. La pregunta para mí no es por qué no vivo en la Argentina sino por qué vivo en México. Y la respuesta es muy simple: Porque estoy enamorado de mi mujer, eso es todo”. Perdonando tamaño romanticismo, la ciudad de Buenos Aires lo honró recientemente con el título de ciudadano ilustre.

Sus publicaciones son numerosas: *Violín y otras cuestiones*, *El juego en que andamos*, *Velorio del solo*, *Fábulas, hacia el Sur*, *Interrupciones I y II*, *Carta a mi madre*, *Valer la pena*, *Poemas* (al cuidado de Mario Benedetti y Jorge Timossi), *Obra poética*, *Antología poética*, (selección, prólogo y bibliografía completa de Lilián Uribe), *Antología personal*, *En abierta oscuridad*, *De palabra* (1971-1987). (Prólogo de Julio Cortázar, *Ni el flaco perdón de Dios/Hijos de desaparecidos* En coautoría con Mara La Madrid), *Nueva prosa de prensa*, *Miradas*.

Claudia Guillén

Nació en 1963. Es narradora, ensayista y promotora cultural. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Egresada de la Escuela de Escritores de la Sogem, obtuvo la beca de Jóvenes Creadores del Fonca en la categoría de cuento y la beca de Residencias en el Extranjero en Salzburgo, Austria. Su cuento “La cita” ganó el XXXV Premio Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés. Es autora de *La insospechada María y otras mujeres* y ha participado en las antologías *Con licencia para escribir*, *Un hombre a la medida* y *Cuentos violentos*.

Hugo Gutiérrez Vega

Poeta, ensayista, actor y diplomático. Autor de más de dieciocho libros de poesía.

Se desempeñó como embajador de México ante Grecia. Ha recibido el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, el Premio de Letras de Jalisco, el Premio Nacional de Periodismo en Difusión Cultural, el Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde, el Premio de Poesía Xavier Villaurrutia, la Medalla de Oro del INBA y el doctorado Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Querétaro.

Este año recibirá el Homenaje Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez, que se entrega durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Su poesía ha sido traducida al inglés, francés, italiano, rumano, portugués, griego y turco.

En la actualidad es director del suplemento cultural “La Jornada Semanal” del periódico *La Jornada*.

Fritz Glockner

Escritor e historiador nacido en Puebla, México, en 1961. Promotor cultural, editor y librero. Experto en temas vinculados a la etapa de la guerra sucia (o como él mismo dice, de baja intensidad) en México. Es una referencia obligada cuando se habla de esta etapa de la historia contemporánea, una de las menos documentadas.

Cada año asiste como librero y conferencista a la Semana Negra, de Gijón, España (dedicada al género policiaco o de novela negra). Entre sus obras se encuentran *Memoria roja* (sobre la guerrilla en México de 1943 a 1968); *Cementerio de papel* (acerca del Palacio de Lecumberri, que hoy alberga al Archivo General de la Nación, pero que por mucho tiempo fue conocido como el Palacio Negro, una terrible prisión que padecieron cientos de presos políticos), *Veinte de cobre* (novela anecdótica que cuenta las razones de Don Napoleón Glockner, padre de Fritz, para abandonar a su familia y apoyar directamente a varios movimientos armados en los sesentas).

Otros títulos suyos son *El barco de la ilusión*, *Se nos hizo tarde* y *Un pueblo en campaña*.

Ángeles Mastretta

Escritora y periodista mexicana nacida en 1949 en Puebla. Realizó colaboraciones para distintos periódicos y revistas como *Excélsior*, *Unomásuno*, *La Jornada*, *Proceso* y *Ovaciones*, donde inició formalmente su carrera periodística con su columna “Del absurdo cotidiano”.

En 1974, participó en un taller literario con Juan Rulfo y Salvador Elizondo; poco después publicó su libro de poesía, *La pájara pinta*. Fue directora del Museo Universitario del Chopo, participó con Germán Dehesa en *La almohada*, programa televisivo de entrevistas y charlas. Perteneció al consejo editorial de la revista *Nexos*, y tuvo ahí una columna literaria.

Su primera novela, *Arráncame la vida*, recibió el premio Mazatlán de Literatura como mejor libro del año en 1985. Con la segunda, *Mal de amores*, obtuvo el Premio Rómulo Gállegos en 1997. Otras de sus obras son: *Mujeres de ojos grandes*, *Puerto libre*, *El mundo iluminado*, *Ninguna eternidad como la mía* y *El cielo de los leones*.

Humberto Musacchio

Nació en Ciudad Obregón, Sonora, en 1943. Estudió economía en la UNAM. Participó activamente en el movimiento estudiantil de 1968. Ejerce el periodismo desde 1969. Ha escrito para los principales diarios de México.

Es autor de los libros de crónica *Ciudad quebrada* y *Hojas del tiempo y Urbe fugitiva*; de una *Historia gráfica del periodismo mexicano*, de la *Historia del periodismo cultural en México*; de *Quién es quién en la política mexicana*, entre otros. Realizó la selección y prólogo de la antología *Alfonso Reyes y el periodismo*. Actualmente escribe en el diario *Excélsior*, en los semanarios *Siempre!* y *Emeequis*. Conduce el programa La República de las letras, que se transmite por Radio Red.

Thelma Nava

Nació en la ciudad de México en 1932. Fue cofundadora de la revista *El Rehilete*, y de la revista y editorial *Pájaro Cascabel*. En 1962 obtuvo el premio Ramón López Velarde. En esa década su poesía se convirtió en un referente en el país.

Su obra ha sido traducida principalmente al inglés, francés, búlgaro y portugués. Ha participado en más de treinta antologías nacionales e internacionales. Algunas de sus publicaciones son: *Colibrí 50*, *El primer animal*, *El libro de los territorios*, *El verano y las islas*, y *Paisajes interiores*. En 2006 publicó *Para volver al mar*.

Ha sido jurado en México y en otros países para varios certámenes, entre los que destacan: el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (Chiapas), el Premio Ramón López Velarde (Zacatecas), el Premio Nacional Efraín Huerta (Tamaulipas), el Premio Internacional de Poesía Rubén Darío (Nicaragua) y el Premio Internacional Casa de las Américas (Cuba).

Juan Villoro

Nació en México DF, en 1956. Es sociólogo por la Universidad Autónoma Metropolitana. Fue conductor de El lado oscuro de la luna, transmitido por Radio Educación; director de “La Jornada Semanal” (suplemento del diario *La Jornada*); profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, en Yale y en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

Ha colaborado en las revistas: *Cambio*, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *Universidad de México*, *Crisis*, *La Orquesta*, *La Palabra y el Hombre*, *Nexos*, *Vuelta*, *Siempre!*, *Proceso* y *Pauta*; en los periódicos y suplementos: *La Jornada*, *Unomásuno*, “Diorama de la Cultura”, “El Gallo Ilustrado”, “Sábado”, entre otros.

Ha sido galardonado con los premios: Cuauhtémoc de traducción, Xavier Villaurrutia, Herralde, el del International Board on Books for the Young, etc.

Algunas de sus obras son: *El testigo*, *Llamadas de Ámsterdam*, *Los culpables*, *Palmeras de la brisa rápida: Un viaje a Yucatán* (crónica), *Efectos personales* (ensayo), *Funerales preventivos: Fábulas y retratos* (ensayos políticos acompañados por caricaturas de Rogelio Naranjo), *8.8: Miedo en el espejo* (crónica)

Este libro se imprimió en la ciudad de México en el
mes de julio de 2011.

El tiraje fue de 7,000 ejemplares para préstamo
a los pasajeros que viajan a bordo de autobuses
ADO GL y es cortesía de **ADO Y EMPRESAS
COORDINADAS, S.A. DE C.V. Y PARA LEER EN
LIBERTAD A.C.**

Queda prohibida su venta.